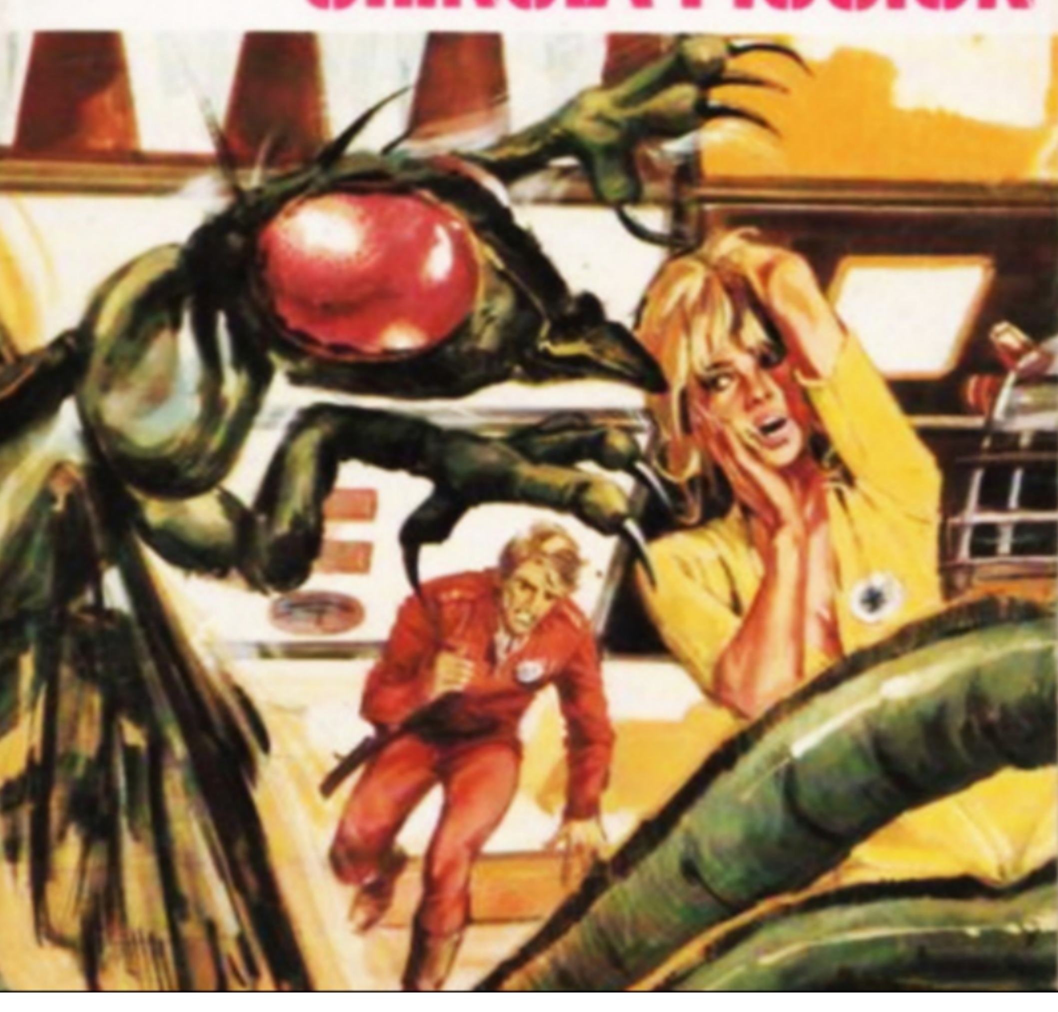
La conquista del ESPACIO

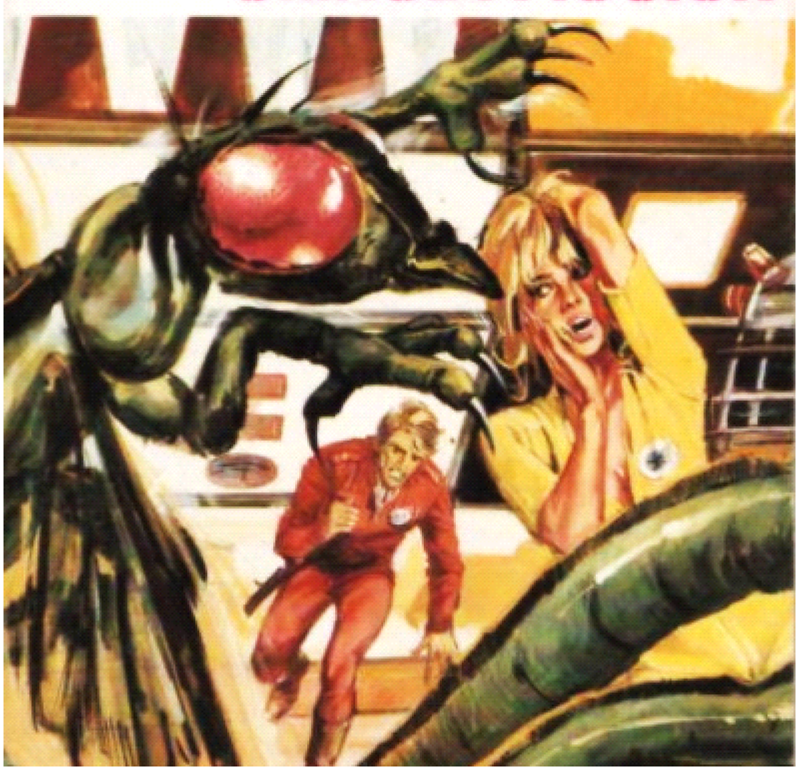
BOLSILIBROS BRUGUERA

LAS CRIATURAS DEL VACIO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




La conquista del ESPACIO
BOLSILIBROS BRUGUERA
LAS CRIATURAS DEL VACIO
Curtis Garland
CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

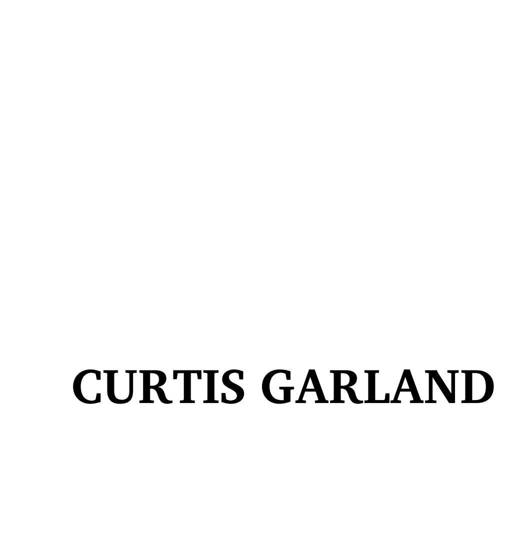
639 — Tornado cósmico - *Glenn Parrish.*

640 — La diosa de las profundidades - *Joseph Berna.*

641 — El santuario de Ikuara Mahll - *Kellton Mclntire.*

642 — ¡Planeta a la vista! - *Glenn Parrish.*

643 — Enigmas de destrucción - *Ralph Barby*

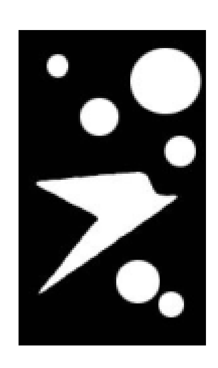

CURTIS GARLAND

LAS CRIATURAS DEL VACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 644

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.083-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. a edición: diciembre. 1982

2. a edición en América: junio. 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

Mora la Nueva, 2 - Barcelona -- 1975

CAPÍTULO PRIMERO

La primera vez que vieron a Los Niños, no les dieron la menor importancia.

Entonces no podían imaginar que todo cambiaría tan radicalmente en tan corto espacio de tiempo. Pero así fue.

Los Niños parecían perfectamente normales. Obraban como tales y se comportaban de un modo correcto y sencillo. Nada, en ellos, denotaba la más leve señal de que algo extraordinario hubiera en ellos. Ni un indicio remoto de anormalidad.

Eran, simplemente, niños.

Más tarde es cuando pasarían a ser Los Niños. O Las Criaturas, como alguien las calificó en cierta ocasión.

Pero ellos, al verles inicialmente, no fueron capaces de sospechar lo que les reservaba el futuro en relación con ellos. A fin de cuentas, ambos estaban habituados a tratar con la infancia y habían visto a muchachos de la más diversa condición, de variado coeficiente intelectual, de imaginación muy variable y de comportamiento diametralmente opuesto en algunos casos, sin que por ello dejasen de ser siempre niños, y nada más que eso.

El tenía menos experiencia que ella en el trato con niños, ya que no era un maestro de enseñanza elemental en una escuela, sino escritor profesional. Pero había tenido amplia experiencia en ese terreno, al escribir una de sus últimas obras en el ambiente de un reformatorio y de un orfanato, describiendo los problemas que la adolescencia y la infancia pueden padecer en los duros tiempos actuales.

Ella, en cambio, sí tenía un trato constante con toda clase de niños y niñas. Por algo ocupaba el puesto de maestra en la Nueva Escuela de Estudios Elementales de Lake City, Kentucky.

Lake City distaba mucho de ser una ciudad importante. Nunca lo ha sido en realidad. Situada un poco al norte de Knoxville, a poca distancia de Oak Ridge, toma su nombre de Norris Lake, junto a cuyas apacibles aguas se extiende, y cruzan por ella la Setenta y Cinco Interestatal y la autopista nacional 25 W. Aparte de todo eso, hay poco más que referir en relación con Lake City, típica población norteamericana, de edificios bajos, una calle principal que no es sino la propia carretera, y una zona residencial donde las casitas se dispersan entre setos bien cuidados, zonas de césped y frondosos tilos y castaños.

Allí había obtenido su puesto de maestra Cheryl Bridges, y allí había decidido ir aquel otoño apacible y suave, a descansar de una amplia gira comercial con motivo de la presentación de su nueva novela, el joven escritor Archibald Masón, que gustaba de ser llamado simplemente Archie Masón, porque aborrecía cordialmente su nombre de pila, pretencioso y grandilocuente a su juicio.

La casualidad, y también la propia limitada amplitud de Lake City, hizo que la casita arrendada por Archie Masón para alojarse durante los meses de septiembre y octubre, disfrutando de la paz del lugar y preparando apuntes para un próximo libro, quedase inmediatamente vecina a la escuela y alojamiento de la joven maestra, ya que ésta ocupaba como residencia una planta alta del edificio donde impartía sus clases, como una consideración más hacia la maestrita, del municipio de Lake City, siempre deseoso de que quienes enseñaban a sus hijos, se encontrasen allí con un ambiente grato y acogedor.

Las clases comenzaron aquel otoño un lunes día ocho de septiembre. Sólo dos días antes, Archie Masón había llegado con sus maletas y su coche polvoriento, de carrocería de color mostaza metálico, para ocupar la casita de al lado.

Todo ello carecía en realidad de una importancia decisiva, ya que eran simples hechos que inicialmente no ofrecían otra apariencia que la de la más absoluta normalidad.

Sin embargo, la concatenación casual de todos esos acontecimientos triviales, iba a terminar por tener una importancia vital en las vidas de muchos seres humanos, comenzando por ellos

mismos. Y esa importancia se iba a extender, increíblemente, no sólo hacia gran parte de la humanidad, sino también hacia algo que ambos hubieran juzgado delirante, de habérseles podido avisar por entonces.

Tal vez sin saberlo, movidos por los hilos de un destino caprichoso, Archiee Masón por un lado, y Cheryl Bridges por el otro, estaban empezando a escribir la más fantástica historia de angustia y horror imaginable, que extendería su sombra siniestra no sólo por encima del orbe entero, sino también, lo que era más asombroso e increíble aún... a otros confines del espacio. A otros mundos...

No obstante, todo empezó así de rutinaria y trivialmente.

Una maestra comenzó sus clases. Un escritor cansado inició sus vacaciones.

Unos niños entraron, bulliciosos y risueños, en el aula de la señorita Bridges. Pero entre ellos estaban Los Niños.

Y eso es lo que nunca pudieron ellos imaginar. Ni Archie Masón, que fumaba distraídamente su pipa de tabaco holandés, erguido en el ventanal, mientras contemplaba el paso ruidoso de los muchachos hacia la escuela, ni Cheryl Bridges, que sonreía, recibiéndoles en la puerta, para iniciar el curso.

No podían sospechar ni remotamente que allí, justamente allí, en ese momento, se iniciaba la pesadilla.

CAPÍTULO II

—Bien, es todo por hoy. Podéis marcharos.

Los alumnos se apresuraron a salir de estampida, recogiendo apresuradamente sus libros y precipitándose en tropel al pasillo que conducía a la salida de la escuela.

Cheryl sonrió, comprensiva, moviendo la cabeza de un lado a otro, y les siguió con mirada afable, como hacía siempre con cuantos tenía bajo su control en el aula. Nunca había necesitado de acritud ni dureza para hacerse respetar. Ella sabía cómo tratar a los niños.

Por eso se quedó levemente sorprendida al ver que se rezagaban cinco de sus alumnos. Les observó, extrañada, desde el estrado situado ante su mesa.

—¿Y vosotros? —preguntó—. ¿No os vais ya? La señal ha sonado. Es la hora de volver a casa.

—Ya lo sabemos, señorita —dijo uno de ellos, cerrando lentamente su libro. Sonrió, adquirió su rostro redondo, de rubios cabellos, un aire angélico—. Pero no tenemos prisa.

—Eso sí que es raro —comentó ella, risueña—. Siempre tenéis todos prisa para salir de aquí...

—*Todos,* no —rechazó el rubio con voz firme—. Nosotros no la tenemos, señorita.

Había una rotundidad especial en aquel modo de expresarse. Cheryl enarcó las cejas, estudiando con mayor interés al rubio. También dirigió una ojeada curiosa a los otros cuatro, tan calmosos como el primero. Eran chicos distintos entre sí, unos más morenos que otros, más altos o bajos, como resulta en cualquier grupo. Pero todos tenían unos pocos factores en común: su rostro sonriente, de querubines. Su poca prisa por abandonar la escuela, cosa insólita a su edad. Y su edad, precisamente, era otro factor común. Todos ellos debían tener la misma: entre ocho y diez años. Los cinco vestían pulcramente, como cualquier hijo de granjero, ropas adecuadas a un

lugar donde los juegos acostumbraban a transcurrir en la campiña.

—Sí, ya lo veo —admitió ella al fin, algo perpleja—. Decidme, ¿quiénes sois vosotros?

—Yo soy Lem —dijo el rubio.

—Yo, Reb —añadió un segundo.

—Yo, Ken —dijo el tercero.

—Yo, Zek —dijo el cuarto.

—Yo, Satt —completó el quinto.

—Bien... Lem, Reb, Zek y Satt —repitió ella—. Cortos nombres todos. ¿Sois hermanos?

—No, no —negó Lem—. Amigos solamente.

—¿Dónde vivís?

—En el valle.

—¿El valle? ¿Qué valle?

—Lago Norris, entre el lago y las grutas. Algunos le llaman valle del Arco Iris.

—Oh, entiendo. Eso queda lejos de aquí. Oscurecerá pronto. Deberíais salir ya.

—Sí, señorita —Lem se puso lentamente en pie, recogiendo sus libros. Sus compañeros le imitaron—. Sólo queríamos saber...

—¿Sí? —ella les contempló, interesada—. ¿Qué deseáis preguntarme? Algo sobre la lección de hoy, quizá.

—En cierto modo, señorita Bridges. Se trata de la solución a los problemas para mañana. ¿Podemos realizarla a nuestro modo?

—Bueno, siempre que la solución sea la correcta, sí —les estudió, algo perpleja—. Pero me temo que no haya otra forma de resolverlos que la expuesta hoy en clase. A menos que recurriéramos a procedimientos demasiado complicados para niños de vuestra edad y nivel escolar, por supuesto.

Y sonrió algo indulgente. Los cinco muchachos se miraron, con una sonrisa radiante de satisfacción, como si aquella respuesta les librara de toda preocupación.

—Gracias, señorita Bridges —dijo suavemente el rubito llamado Lem—. Ha sido usted muy amable con nosotros. Buenas tardes.

—Buenas tardes, muchachos —respondió ella, con su habitual afecto hacia los niños a quienes enseñaba en su aula.

Salieron los cinco. Se quedó sola, ligeramente reflexiva sobre la curiosa pregunta hecha por el niño Lem. Ciertamente, los problemas no eran sencillos, al menos para muchachos que iniciaban un curso de enseñanza básica, pero sin duda eso les había desorientado un poco a sus alumnos, ya que sólo existía un procedimiento matemático para resolverlos, muy simple y al alcance de sus conocimientos y entendimiento. Lo demás, hubiera sido preciso realizarlo a través de matemáticas superiores, tan distantes de ellos por el momento como las galaxias.

Cheryl olvidó pronto el incidente. Se cambió de ropa para ir a adquirir algunas cosas al supermercado, antes de que cerraran, y regresó con su bolsa bien cargada de provisiones, cuando ya oscurecía en el apacible pueblo de Lake City.

Al doblar la esquina inmediata a su colegio y vivienda llegó el choque improvisto. Una figura rápida cruzaba la acera a todo correr. No pudo evitar impactar con ella, con lo que el equilibrio de su bolsa de papel flaqueó, y una serie de paquetes y frutas rodaron aparatosamente por el suelo. Sólo por puro milagro logró salvar del desastre a una docena de huevos.

—Oh, lo siento mucho, de veras lo siento —se disculpó el culpable de aquel choque, mirándola muy apurado, mientras se inclinaba a recoger los provisiones caídas—. Qué torpe he sido…

—Un poco, sí —admitió ella, algo malhumorada—. ¿Adónde iba tan de prisa? ¿Hay algún fuego que apagar?

—De veras lamento mi torpeza, señorita —se justificó él, depositando suavemente los frutos y paquetes de nuevo en la repleta bolsa—. No pude imaginar que cruzase nadie por aquí en este momento. Claro que eso no justifica mis prisas, pero acostumbro a correr de vez en cuando sin poderlo evitar. He sido recordman infantil de mi colegio, luego practiqué el atletismo amateur durante un cierto tiempo, y nunca puedo olvidar lo mucho que me gustaba correr

cuando nadie me veía.

—Pero creo que ya va teniendo edad de ser un poco más formal —le reprochó ella.

—Oh, no veo informalidad alguna en correr —protestó débilmente el joven—. Admito que un hombre a los treinta años no debe comportarse como un chiquillo, pero es algo instintivo, contra lo que nada puedo, créame. Debo imaginar que soy un tonto o un chiquillo.

—Nada de eso, señor…

—Masón. Archie Masón, señorita. Resido temporalmente en esta casa.

—Ya. Yo soy Cheryl Bridges, su vecina, maestra de escuela en esta ciudad. Decía que no pienso que sea usted un tonto o un chiquillo, sino simplemente un hombre apegado a costumbres de su adolescencia, lo cual no me parece mal. Pero supongo que un público frenará sus ansias de correr…

—No siempre —rió él de buen grado—. Me gusta saber que me mantengo en forma, pese a la acción de los años.

—Cumplir los treinta no es precisamente llegar a la ancianidad —ahora fue ella la que rió—. De modo que es mi vecino. ¿El escritor?

—¿Cómo lo sabe?

—Por favor, en estos pueblos se sabe todo de todo el mundo, a poco que una preste atención. ¿Acaso no sabía usted que yo soy la maestra?

—La había visto sólo de espaldas en dos ocasiones, por la ventana de su clase. Sólo sabía de usted que tenía un precioso tipo, pero nada más. Ignoraba que, además de una figura estupenda, es usted muy bonita.

—Señor Masón, logrará ruborizarme —protestó ella, algo cohibida.

—Le digo la verdad. Y no tema. Ya ha oscurecido tanto, que no se notaré si enrojece demasiado —como si le hubiera oído, las farolas de la calle se encendieron de súbito, y la luz eléctrica invadió suavemente el sendero de asfalto entre setos y edificios ajardinados—.

Bueno, ahora ya es diferente, claro. Pero sigue siendo usted increíblemente bonita. Nunca tuve una maestra como usted, la verdad. Todas ellas eran feas y horriblemente antipáticas. Decididamente no soy hombre de suerte

—Según parece, sí lo es en la literatura. Sus libros son muy vendidos en todo el mundo. —¿Ha leído alguno? —indagó él.

—Ninguno, lo confieso —susurró ella—. Me gusta poco la literatura de ficción, las novelas y todo eso. Me inclino más por el ensayo histórico o sicológico. Supongo que, además de poco amable, debo parecerle aburrida.

—Nada de eso. Yo también he leído mucho ensayo antes de decidirme a escribir novela. Sencillamente, no servía para escribir eso. Y opté por ficción literaria. No puedo quejarme de mi fortuna en ese terreno, es cierto. Le enviaré un par de obras mías, por si quiere hacer una excepción y echarle una ojeada...

—La haré sin la menor duda, se lo prometo. Y gracias por el ofrecimiento, señor Masón.

—Por favor, no me llame así. Me hace sentir aún más viejo, y acabaría por renunciar a mis inoportunas carreras —sonrió él—. Si somos vecinos y vamos a ser amigos durante este otoño, llámeme Archie. Me gusta que me llamen simplemente así.

—Muy bien, Archie. Entonces, en justa reciprocidad, tendrá que llamarme Cheryl tan sólo. A mí también me agrada mi nombre.

—De usted, a mí me agrada todo, Cheryl —confesó jovialmente Archie Masón—. ¿Quiere aceptar, en reparación del torpe choque que provoqué, una copa de algo en mi casa? Le aseguro que es una proposición absolutamente honesta y amistosa.

—Bueno, tengo que poner todo esto en mi cámara, pero..., supongo que por diez minutos más o menos, no se va a estropear nada. Acepto, Archie. Aunque le advierto que a estas horas no acostumbro a tomar nada alcohólico. Y a otras horas, sólo cerveza o vino.

—Buena y prudente medida —aprobó él, risueño—. Permítame que le lleve la bolsa. Pesa bastante. La invitaré a un fresco zumo de frutas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Cheryl, de buena gana.

Echaron a andar por el sendero, hacia la puerta de la casa, pisando la gravilla dorada, entre los bien cuidados setos. En ese momento, por encima del tejado de pizarra gris de la vivienda de Archie Masón, se elevó un repentino resplandor que iluminó un momento el cielo con tonos anaranjados y azules. Duró cosa de un par de segundos. Luego, se extinguió, dejando el firmamento del tono azul cobalto que antes tenía.

Cheryl se quedó parada, contemplando aquel ramalazo de luz resplandeciente. También Archie Masón elevó su mirada hacia el cielo, tras la casa.

—¿Qué ha sido *eso?* —indagó Cheryl, perpleja.

—No lo sé, palabra —repuso él—. Desde luego, no venía de mi casa, aunque lo pareciese. Ni creo que tampoco de los jardines y viviendas de atrás. Parecía algo lejano, acaso apartado de la población…

—Sí, eso mismo diría yo —Cheryl se mordió el labio inferior—. Fue como una aurora boreal.

—Que duró sólo un poco más de un segundo. Además, que yo sepa, en Kentucky no hay auroras boreales..

—Es evidente que no. Pero entonces, ¿qué pudo ser? ¿Y de dónde procedía?

—Déjeme situarme. Esa dirección es el norte. Si no procede del barrio norte de Lake City, es que procedía del valle, entre el lago y las cavernas…

—El lago y las cavernas… —repitió Cheryl, pensativa—. El valle.

—Eso es. El valle del Arco Iris, ¿no le llaman así?

—Creo que sí. El valle del Arco Iris… —Cheryl entornó lentamente sus ojos—. Es curioso…

—¿Qué es lo curioso?

—No, no, nada. Supongo que carece de la menor importancia, Archie.

Y ambos jóvenes entraron en la vivienda del escritor, sin más incidentes.

Sin que ellos lo supieran, la pesadilla había comenzado.

Al día siguiente, Cheryl se llevó una honda decepción inicial con sus alumnos. Los problemas que les diera como ejercicio a realizar en sus casas, estaban mal en su inmensa mayoría. No habían sabido resolverlos.

Tal vez por eso, cuando se enfrentó a los cinco últimos cuadernos depositados en su pupitre, se llevó una cierta alegría y sus ojos se animaron.

—Estos sí —anunció, dulcificando en parte su voz y gesto enfrente del salón de clase—. Están bien resueltos. La solución es la correcta y en cuanto al procedimiento seguido para... Se interrumpió bruscamente. Se quedó rígida, contemplando con incredulidad aquellas páginas escritas con letra indudablemente infantil y números irregulares. Estupefacta, miró la firma del autor de las soluciones. Lem.

Rápida, elevó sus ojos al rubio muchachito, cuya cabeza angelical asomaba en las últimas filas de la clase. El niño le dirigió una sonrisa digna de un querubín.

Cheryl sonrió también algo forzada. Volvió a mirar

las páginas del cuaderno, para persuadirse de que no estaba en ningún error y había visto bien.

Confirmó eso fácilmente. Su pasmo era total. Pasó aquel cuaderno. El segundo le mostraba idéntica apariencia. Soluciones correctas, resultados acertados... y una forma de resolverlos realmente insólita. Más que eso: increíble de todo punto.

Así, uno a uno, los cinco cuadernos. Las firmas de sus autores le resultaban ya inevitables. Las esperaba de antemano a medida que examinaba los cuadernos: Reb, Ken, Zek, Satt...

Los cinco niños del valle. Los contempló uno a uno. Jamás había visto rostros más llenos de candor e inquietud.

—Vuestras soluciones están bien —anunció, algo seca, cerrando los cuadernos—. No os marchéis cuando termine la clase. Quiero hablar con vosotros.

Y de nuevo permaneció absorta, mientras en silencio recogían sus dueños los cuadernos con rostro complacido, ante las miradas de

envidia de sus compañeros.

No era posible. Pero aquellos niños habían utilizado en la solución de los problemas nada menos que procedimientos trigonométricos y de álgebra superior. Algo que ellos no podían conocer ni remotamente.

CAPITULO III

—¿Quién os hizo los problemas?

—Nadie, señorita. Yo hice mis trabajos. Nadie me ayudó. No hizo falta.

—Yo también —confirmó Reb apaciblemente.

Los demás se apresuraron a corear la respuesta. Cheryl se irritó.

—¿Pero es que me habéis tomado por una estúpida? —protestó —. Sois muchachos de curso elemental. Venís por vez primera a la escuela. ¿Cómo pretendéis que crea que habéis utilizado álgebra superior e incluso trigonometría para resolver los problemas en un instante?

—No sabemos cómo se llamará la forma de resolverlos, pero le aseguro que lo hice yo —se obstinó Lem, que parecía a punto de llorar.

—Lem, eres un buen chico y no quisiera que mintieras tan

cínicamente. La mentira es el peor de los defectos para un niño. Decidme quién os ayudó a hacerlos, y os perdonaré por esta vez. Pero sólo por esta vez, y confiando en que no vuelva a suceder nada parecido, ¿está eso bien claro? Vamos, sinceramente, sin que os dé vergüenza... ¿A quién recurristeis para resolveros de esa forma ¡os problemas? Vuestros padres son granjeros, no pueden poseer una preparación tan elevada en matemáticas...

—Señorita Bridges, le juro que sólo yo realicé ese trabajo —ahora las lágrimas se agolpaban en los claros ojos ingenuos del niño rubio—. ¿Es que no va a creerme?

Los demás, igualmente compungidos, asintieron con la cabeza, corroborando esa insólita afirmación de su amiguito. Cheryl estalló, ya al límite de su paciencia:

—¡Basta! Os he dado la oportunidad de sinceraros, y la rechazáis con todo el descaro del mundo. Estoy decepcionada, avergonzada de vosotros. Os creía unos buenos chicos, y me habéis resultado cinco embusteros sin excusa posible.

—Pero señorita, yo... —por el rostro de Lem corrían las lágrimas.

—Muy bien. Atended. Ya que sois tan listos, vais a demostrarlo ahora —cortó ella con energía. Tomó un volumen de cursos superiores de matemáticas, y lo abrió al azar—. Veamos, Lem. Y tú, Reb. Venid los dos al encerado. Os dictaré dos problemas distintos. A ver si sois tan inteligentes como al resolver estos problemas.

—Sí, sí, señorita —se apresuró a aceptar Lem, limpiándose las lágrimas a manotazos.

Los dos avanzaron, subiendo a la tarima. Cheryl les dictó, implacable, dos auténticos problemas complicadísimos, de cálculo matemático propio de un ingeniero. Los niños, dócilmente, escribieron el enunciado en la pizarra, cada uno a un extremo.

—Ahora, resolved eso —ordenó Cheryl, inexorable, cerrando el libro y sentándose en su silla.

Los niños asintieron. Comenzaron a trazar signos con sus tizas en la negra superficie encerada, con una seguridad y rapidez pasmosas.

Cherryl palideció. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Sin

poder dar crédito a sus ojos, veía volar materialmente la tiza sobre la pizarra, sin la menor vacilación, con absoluto dominio de los más complejos mecanismos matemáticos imaginables. Incógnitas despejadas, ecuaciones resueltas a velocidad de vértigo sin un solo error, cálculos infinitesimales, raíces complejas, saltaban mágicamente al encerado, como una obra prodigiosa e imposible, de manos de aquellos niños de ocho años o poco más.

—Ya está —anunció Lem, radiante, dejando la tiza. Miró con temor a Cheryl—. ¿Está bien así, señorita, o hemos cometido algún error?

La maestrita no supo qué responder. Se incorporó, tambaleante, demudada, la mirada fija en la solución del problema, que era correcta en ambos casos.

—Dios mío... —jadeó—. Dios mío...

—¿Qué ocurre, señorita Bridges? —musitó Reb, alarmado—. ¿Algún error?

—No, no... "—se apoyó en su pupitre, sintiendo que todo vacilaba a su alrededor. Miró a los niños casi horrorizada, pero sólo halló limpias miradas ingenuas, sonrisas afables y llenas de candor.

—Están..., están bien. Los dos —su voz sonó ronca—. Perdonad cuanto os dije. Podéis marcharos. Buenas tardes a todos.

Archie Masón fumó en silencio unos momentos. Miró pensativo a su visitante, que apuró la jarra de cerveza, de un nuevo trago. Sonrió, golpeando con su pipa el cenicero de cerámica.

—Creí que no bebía alcohol a estas horas, Cheryl —comentó.

—Y así es. Nunca lo hice. Esta vez es distinto. —Ya. ¿Quieres otra cerveza?

—No, gracias. Creo que es suficiente —le estudió, algo cohibida —. Creo que se estará diciendo que tiene una vecina muy molesta e inoportuna. No debí venir a verle.

—No diga eso. Está preocupada por algo. Es deber de buen vecino atender a otro con problemas. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me temo que en nada. Pero tengo que desahogarme o me volveré loca. Sé lo que va a decir: que veo visiones. Pero no es así. No

he borrado aún la tiza del encerado. Podrá comprobarlo por sí mismo, si tiene alguna duda.

—Si empieza por el principio, Cheryl, quizá llegue a enterarme de lo que ocurre —la aconsejó suavemente él con una sonrisa.

—Oh, perdone —susurró ella—. Se lo contaré en pocas palabras.

Y lo hizo. Su primera charla con Lem y los otros cuatro, los problemas resueltos por vías insólitas, y la prueba alucinante de aquella tarde.

Contra lo que esperaba, Masón la escuchó en silencio, fumando de vez en cuando, sin reflejar escepticismo o incredulidad en su gesto, como era de prever.

Al término de la historia fue Archie quien se dirigió a su frigorífico y regresó con una lata de cerveza, que abrió, bebiendo un buen trago. Cheryl le miraba impaciente.

—Debo admitir que es una historia extraordinaria —confesó al fin lentamente—. ¿Dice que conserva las ecuaciones realizadas por esos muchachos?

—Sí. Están en el encerado. ¿Quiere venir a verlas?

—La verdad, me gustaría. No dudo de sus palabra, se lo advierto. Sólo que... uno no se resiste a ver con sus ojos algo semejante.

—Ya —ella mostró cierta frialdad, no aceptando esa frágil excusa que le daba la impresión de ser una forma de ocultar su incredulidad—. Venga conmigo si lo desea.

Salieron de la casa, encaminándose a la clase. Cheryl había cerrado con llave al irse. Abrió de nuevo y entraron en el aula. Archie miró al gran encerado. No mostró la menor sorpresa. Pero su voz sonó con un peculiar tono irónico:

—No veo nada, Cheryl. La pieza está vacía, limpia.

—¿Qué...? —se sofocó ella, girando vivamente la cabeza hacia el encerado.

Archie decía la verdad. Allí no había nada. Todo estaba negro, lustroso, cuidadosamente limpio de todo signo de tiza. Muy pálida, se

aferró a un pupitre. Los ojos centelleantes, llenos de ira, de impotencia. Miró a Archie.

—¡Le juro que es cierto! Dije la verdad. No soy una persona que vea visiones. Le dije que había ahí un par de problemas resueltos como lo haría un ingeniero. Y que fue obra de esos niños. Dejé cerradas puertas y ventanas. Nadie pudo entrar aquí…

—Pero la pizarra está limpia —concluyó solemnemente Masón con un suspiro.

—Ya veo lo que piensa. Cree que estoy loca o soy una mentirosa fantasiosa que…

—No pienso nada de eso, se lo aseguro —rechazó vivamente Archie Masón, interrumpiéndola—. Usted es la viva imagen de la sensatez y el equilibrio. Recuerde joven, que soy yo quien da carreras cuando no lo ven, no usted. Piense lo que piense, la creo, Cheryl.

—¿Me…, me cree? —jadeó, perpleja—. Solo a los locos se les da la razón.

—Usted no está loca. Si dice que hubo ahí dos problemas resueltos mediante matemáticas superiores por dos niños en edad escolar elemental, la creo. Sé que suena a absurdo, pero estoy seguro de que me dijo la verdad. Y no me sorprende en absoluto lo Ocurrido aquí.

En buena lógica, si usted decía lo cierto, esas ecuaciones ya no podían estar aquí.

—¿Por qué no? ¿Adónde va a parar?

—A una conclusión muy simple: esos niños, Cheryl, no son normales. Ningún niño de ocho a diez años domina trigonometría, álgebra superior y todo eso con la facilidad con que suma dos y dos. Pero si no son normales, supongo que no querrán que los demás lo sepan. Con usted cometieron un error al delatar sus conocimientos insólitos. Algo ha sucedido luego que les hizo comprender ese error. Y volvieron para rectificarlo.

—Pero ¿cómo? No pudieron entrar aquí. Poseo la llave, cerré con dos vueltas, ya ve que las ventanas están cerradas…

—Si esos niños son capaces de hacer cálculos de auténticos matemáticos superdotados, ¿por qué no suponer que también pueden

entrar aquí y borrar eso, pese a cuanto usted crea? Vamos, volvamos a mi casa, Cheryl. Es preciso que hablemos de todo el asunto más ampliamente, que me diga quiénes son exactamente, esos cinco niños...

El doctor Benedict era el mejor y más veterano médico de Lake City.

No era un oftalmólogo especializado, pero tampoco necesitaba serlo para darse cuenta de ciertas cosas. Esta era una de esas ocasiones.

Meneó la cabeza, tras levantar el apósito y examinar los ojos de su paciente. Miró luego a su acompañante con un gesto de impotencia.

—Lo siento —murmuró—. Este hombre está ciego.

La joven que acompañaba al enfermo, sollozó, cubriéndose el rostro con ambas manos. En cambio, el paciente no se movió, no se inmutó.

—Lo sabía, doctor —murmuró al fin—. Lo supe desde que noté aquello... y dejé de ver. Estaba seguro de que no tenía solución posible...

—De veras lamento darle tan malas noticias, Burke —dijo el médico sombríamente, tras proyectar una delgada estría de luz sobre aquellos ojos abrasados—. ¿Cómo se produjo estas quemaduras, por el amor de Dios?

—Fue el resplandor, doctor...

—¿El resplandor? —enarcó las cejas el galeno, estupefacto—. ¿Qué resplandor?

—El de anoche, en el valle... Fue vivísimo, cegador. Miré hacia él, asombrado —explicó el paciente—. Y sentí un vivo dolor en los ojos, tuve que cubrirme de aquella luz con ambas manos..., pero ya era tarde. Supe que estaba ciego. Miré alrededor mío y no pude ver ! nada más que oscuridad. Los ojos me dolían terriblemente, la piel de la cara me quemaba... Creo que perdí el conocimiento en ese punto.

La joven contenía difícilmente los sollozos mientras j escuchaba al hombre de edad exponer lo sucedido. Al i callar él, musitó con voz quebrada:

—El lechero lo encontró esta mañana, doctor, cuando volvía de recoger su mercancía de la factoría de la Milk Company. Vino a avisarnos a casa, acudimos, trasladándole allí, y avisamos al doctor Farrow, que es el más cercano a nuestra vecindad. El doctor tardó algún tiempo en llegar, y cuando examinó a tío Harry, dijo que era preferible traérselo a usted de inmediato, porque dominaba mejor las dolencias ópticas, pero que su pronóstico inicial era muy pesimista, aunque ojalá se equivocara.

—No se equivocó. El doctor Farrow es un borrachín que descuida mucho a sus pacientes con frecuencia, pero no es un mal médico. Acertó por completo, Hilde. Tu tío Harry jamás recuperará ya la visión, o yo no entiendo nada de Medicina. Sí, está en lo cierto, esa luz abrasó sus retinas por completo, pero no puedo entender que sólo él viera semejante resplandor anoche.

—No, eso no es cierto, doctor —protestó Hilde débilmente—. He preguntado a algunas personas, por si tío Harry vio alguna alucinación inexplicable al quemárseles los ojos. Dos niños y un adulto me han confirmado que ayer, al oscurecer, un repentino destello de luz muy fuerte apareció en el valle. Pero duró apenas dos segundos y se extinguió.

—¿Y a los que lo vieron no les ha pasado nada?

—No, nada. Ya le dije que eso sucedía en el valle. Los que lo vieron y me lo han contado, estaban en el casco urbano. Pero tío Harry estaba en el valle, doctor.

—Entiendo. ¿Qué hacía usted allí a esas horas, Burke?

—Había ido a cobrar los plazos de los tractores vendidos por mi empresa a los granjeros del valle, como cada mes. Pero en esta ocasión no tuve demasiada suerte. En tres granjas no había nadie cuando llegué, ni siquiera sus hijos. En la cuarta, me respondieron desde detrás de la puerta, alegando que no tenían dinero y pidiéndome que pasara dentro de unos días a cobrar. Les advertí que el señor Goldberg no es amigo de aplazar pagos, a menos que cargue sus buenos intereses, pero el granjero Burgess insistió en que no me pagaría ayer de ninguna manera. Ni siquiera asomó a dar la cara, se limitó a hablar tras la puerta, sin abrirla. Me retiraba de su granja, para ir a la de Jock Flosing, cuando ocurrió.

—¿El resplandor?

—Sí. Fue como si de repente se hiciera de día, pero con una

fuerza cegadora, deslumbrante. Aquella luz era fuego blanco, daba un calor irresistible en la cara, en la piel. Fue breve pero terrible. Dios mío, doctor, ¿qué ha podido suceder?

—No lo sé, Burke. No sé de ningún fenómeno parecido que pueda dejar ciego a un hombre. Hilde, ¿sabes si alguna otra persona de Lake City ha cegado también o sufre lesiones oculares?

—No, no sé nada.

—Ese valle está repleto de granjeros con sus familias, todos lo sabemos —manifestó el doctor Benedict, preocupado—. Creo que lo mejor será que el sheriff Brady vaya por allí a enterarse de lo que pudieron ver esos granjeros.

—Sí, será lo mejor —admitió tristemente Hilde—. En cuanto a tío Harry…

—Voy a enviarle de inmediato al hospital de Knoxville para ver lo que pueda hacerse por él, aunque yo no mantendría muchas esperanzas, Hilde. También me ocuparé de informar al sheriff de lo sucedido, puedes estar tú tranquila, querida.

—Gracias, doctor. Es usted muy bueno —sollozó la muchacha amargamente, apoyando sus manos temblorosas en los hombros de su tío—. Dios mío, ¿qué pudo ser esa luz que dejó sin vida los ojos de mi pobre tío Harry? ¿Qué maldita luz pudo ser?

—Me temo que no tengo respuesta para eso, hija mía —suspiró el médico—. Pero hoy en día, con tantos ingenios técnicos viajando por el espacio, con tanta locura de los hombres de naturaleza destructiva, quizás incontrolada, no se puede estar seguro de los terribles peligrosos que nos acechan.

* * *

El sheriff Brady descendió de su coche ante las granjas vecinas, separadas entre sí por un amplio prado por el que correteaban las gallinas y un perro alegre y ladrador.

Una era la granja de Jock Flosing. La otra, la de Sam Burgess. Este había negado el pago del plazo del tractor a Harry Burke la tarde

anterior. Ente una y otra propiedad, algo había dejado ciego para siempre al bueno de Harry.

Brady no era un hombre inteligente, ni lo pretendía. Pero tampoco era tonto, pese a su aspecto algo rudo y torpe, de cuerpo fornido, pies planos, manazas de labrador y rostro cuadrangular de ásperas facciones y crítica mirada. Tenía las piernas demasiado delgadas para su ancho tronco, pero se movía con cierta agilidad pese a su defecto y a su considerable peso.

Se quedó parado entre ambas granjas, frotándose el mentón, que chirriaba como papel de lija, pese a haberse rasurado pocas horas antes. El contorno le era familiar, porque él mismo había vivido de niño en aquella región apacible, entre la orilla norte del lago y la zona rocosa donde se abrían las grutas locales, una auténtica atracción turística. Que él supiera, allí nunca hubo fenómenos atmosféricos o geológicos de ningún tipo, y menos aún uno capaz de dejar ciego a un hombre. Además, si Burke decía la verdad, algunos de los granjeros o sus familiares tendría que estar también dañado de sus ojos. Eso es lo que pretendía averiguar.

Llamó primero en la puerta de Jock. Era muy de mañana, el sol calentaba tibiamente el valle, y una ligera neblina se cernía sobre las grutas cercanas. El aire del lago era húmedo pero agradable. Los niños, evidentemente, debían de estar ya en el colegio, pensó Brady. No se oían sus gritos y risas por ninguna parte.

Se abrió la puerta. Jock asomó en ella, con aire desconfiado. Brady sonrió. Los granjeros siempre eran desconfiados, sobre todo cuando recibían una visita inesperada. Pero el larguirucho y flaco de Jock pareció tranquilizarse al reconocer a su uniformado visitante, y su cara caballuna se animó con una vaga sonrisa.

—Hola, sheriff —saludó cordialmente—. ¿A qué viene verle tan madrugador?

—A causas poco agradables, Jock —manifestó Brady meneando la cabeza—. Se trata de Harry. Harry Burke, ¿le conoces?

—Claro. El cobrador de plazos. La pesadilla de cada mes —rió, desplazando hacia abajo su mandíbula de forma casi cómica—. ¿Qué hay con él? Tenía que venir ayer a cobrar…

—Y vino. Pero me temo que no vuelva, Jock.

—No le entiendo, sheriff —la alarma se pintó en el rostro del

granjero—. ¿Le ocurre algo al viejo Burke?

—Lo peor, diría yo.

—¿Está muerto? —la voz de Burke reflejó sobresalto.

—Personalmente, pienso que morir es dejar de sufrir de algún modo, Jock. Lo de Burke es peor. Está ciego.

—¿Qué?

—Ciego. Quemadas sus retinas por algo. No tiene remedio. Se lo han llevado a Knoxville, pero sólo podrán curar sus quemaduras y nada más. No volverá a ver.

—¿Qué le pasó? ¿Un accidente?

—Algo así. Pero un accidente muy raro. ¿No sabes nada de alguien que sufra daño en sus ojos, Jock?

—Pues la verdad, no. ¿A qué viene eso?

—A que Burke afirma que le quemó una luz repentina.

—¿Una luz?

—Sí. Un resplandor súbito y violento. Y eso sucedía aquí, anoche.

—¿Aquí? ¿En Lake City?

—Más concretamente, *aquí,* en el valle.

—¡En el valle! Eso es asombroso, sheriff. No vi nada. Ninguno de la familia vimos nada. Ni mi mujer, ni mis hijos, ni yo... ¿A qué hora fue eso?

—Al oscurecer. Y no es invención del pobre Burke, ; te lo aseguro. Muchas personas de Lake City vieron esa luz. Pero por fortuna para ellas, estaban lo bastante lejos de su origen como para no sufrir daños. Resulta raro que no la vierais aquí nadie.

—Bueno, yo sé que no la vimos nosotros, sheriff. Pero ignoro si algún vecino llegó a captarla, la verdad. Puedo preguntar por ahí si lo desea...

—Sí, Jock, hazlo y cuéntame luego lo que puedas averiguar. Sé

que los granjeros sois gente algo desconfiada y es más fácil sinceraros entre vosotros que a un extraño.

—Usted no es un extraño, sheriff. Es la ley. Y un amigo.

—Gracias, Jock. Pero confío en que no sea asunto ilegal lo que provocó ese resplandor anoche aquí. Tal vez un fenómeno atmosférico extraño, no sé... El caso es que un hombre perdió la visión, y es deber mío investigar lo que sucede. Iré a ver ahora a tu vecino Burgess...

—No creo que lo encuentre —se apresuró a informar Jock—. Su hija salió para la escuela muy temprano, y a él le vi subir a su furgoneta en compañía de su mujer, de modo que seguramente habrá ido a alguna parte. Hablaré con él cuando vuelva. Ese sí que es un hombre raro y desconfiado, sheriff.

—Lo sé, lo sé —suspiró Brady, agitando una mano en señal de despedida—. Veré a otros granjeros, Jock. Buenos días. Y no te olvides de ayudarme en esto.

—Cuente con ello, sheriff —dijo cordialmente Jock.

Brady se alejó hacia su coche patrulla. Jock le siguió con mirada pensativa, grave, sin expresar nada en su alargado rostro. Luego, cerró lentamente la puerta de su granja.

CAPÍTULO IV

La clase del mediodía había terminado. Los niños tenían dos

horas para volver a sus casas, almorzar y regresar a la escuela, o quedarse en las proximidades, en el vecino parque infantil, almorzando las viandas que habían traído preparadas de sus casas, para no hacer un desplazamiento demasiado largo entre clase y clase. Los niños de los granjeros eran habitualmente de los que siempre se quedaban a almorzar allí, para evitarse una media hora larga de marcha a paso rápido, y otra media para regresar a la escuela.

Cheryl asomó a la ventana, viendo desparramarse a los muchachos por la zona acotada para ellos, donde no había tráfico que pudiera hacer peligrar su integridad. Le sorprendió ver que los cinco niños tomaban el camino de regreso a sus casas, sin llevar consigo provisiones. Conocía las costumbres locales, y muchachos que vivían mucho más cerca, se quedaban allí a jugar y almorzar, en compañía de otros chicos.

—Necesitan más de una hora para ir y volver —meditó—. Apenas si tendrán tiempo de sentarse a la mesa y comer. ¿Por qué harán eso? Creí que los niños de los granjeros siempre almorzaban en el parque infantil...

Salió de la escuela y se encaminó al parque. Se detuvo ante uno de los niños, que sabía era hijo del doctor Benedict, el médico local. Era ya un mocetón de once años, aunque no demasiado espabilado ni estudioso.

—Hola, Jim —saludó afectuosamente ella.

—Hola, señorita Bridges —saludó cortés el niño, dejando de almorzar de su pequeña tartera.

—Sigue, sigue comiendo —invitó ella, sentándose a su lado—. Sólo estoy dando un paseo antes de almorzar yo misma. Veo que no sois muchos los que os quedáis aquí entre clase y clase.

—No, no muchos —admitió Jim Benedict, reanudando su almuerzo.

—¿Y eso por qué? Hay niños que viven muy lejos de aquí, y sin embargo se han ido a sus casas. Tú, en cambio, vives en la calle principal, a pocos minutos de la escuela, y almuerzas aquí.

—Papá dice que es más saludable hacerlo así, sin prisas. Sólo en los días fríos o lluviosos voy a casa. Pero los hijos de los granjeros, ni eso. Siempre se quedan.

—De eso quería hablarte. Los hijos de los granjeros se han ido hoy.

—No todos, señorita —rechazó el muchacho—. Ahí veo a muchos de ellos jugando.

Ella miró hacia el grupo de los restantes niños. Al menos había diez o doce jugando en las instalaciones del pequeño parque.

—Creí que sólo Lem y sus cuatro amigos eran gente del valle —comentó, algo sorprendida.

—¿Lem y esos cuatro sabihondos que le acompañan? —replicó vivamente Jim—. Esos son nuevos.

—¿Qué quieres decir con eso de que son *nuevos?*

—Yo no los había visto nunca, señorita. Es el primer año que vienen a clase. Los demás chicos del valle tampoco les conocen. Deben ser granjeros de la cañada. —¿La cañada? ¿Qué es eso?

—La parte más distante del valle, cerca ya de las cuevas, en una hondonada donde discurre un arroyo que va a parar al lago. Pero lo cierto es que sus padres debieron instalarse allí este mismo año, y tienen poco trato con los demás. Poco o ninguno, porque el hijo de Jock Flosing dice que ni siquiera les ha llegado a ver, si bien ha visto sus cercas bien protegidas, allá en la cañada.

—Vaya, sí que es raro todo eso —manifestó Cheryl, incorporándose—. Creo que hablaré con ese otro niño, el hijo del propio granjero Flosing. Sigue almorzando, Jim.

* * *

Archie dejó de trazar apuntes en su bloc, levantando la cabeza. Miró a la joven muestra, que se abría paso hasta él, por el soleado jardín, con aire decidido.

Se apresuró a levantarse e ir a su encuentro.

—Mi querida vecina, ¿ya almorzó tan pronto? —preguntó, sonriente.

—Aún no —negó ella—. Y lo cierto es que no tengo apetito.

—Eso tiene fácil arreglo. ¿Qué tal si tomamos un ligero aperitivo y luego le ofrezco una deliciosa sopa de pollo y un poco de pizza de anchoas? Todo precocinado, claro —rió de buen humor el escritor—. Entre mis virtudes no figura la de cocinero, la verdad.

—Casi logra hacerme sentir gana de comer —rió suavemente ella—. Dirá que soy una aprovechada, pero acepto su oferta.

—Excelente. Pasemos adentro. Aunque el día es bueno, estas fechas de otoño son traicioneras.

—No crea que he venido a abusar de su hospitalidad a la hora de comer —dijo la maestra, siguiéndole al interior—. Lo cierto es que necesitaba hablar con usted.

—Pues hágalo mientras dispongo todo para el aperitivo. ¿Algo nuevo?

—Bastante. He hablado con mis alumnos respecto a esos cinco muchachos.

—¿Se refiere a Lem y los demás?

—Exactamente. Le diré lo que he sabido —se lo refirió con rapidez, añadiendo al fin con tono preocupado—: Ah, al retirarme del parque infantil, Jim Benedict se acercó de nuevo a mí, y me contó que su padre había atendido a un paciente que se había quedado súbitamente ciego anteanoche, cuando aquel resplandor...

—Oh, el resplandor... —atónito, Archie Masón enarcó las cejas —. ¿Ciego, dice?

—Sí. Se trata de un pobre hombre que cobraba plazos de la venta de tractores para un comerciante local. Le pilló en el valle. La luz fue tan brillante y ardorosa que quemó sus ojos sin remedio.

—Dios mío... —la botella de aperitivo tembló en manos del joven escritor—. ¿Está segura de que fue ésa la causa de su ceguera?

—El doctor Benedict parece estar de acuerdo con eso. Creo que el sheriff local, Tom Brady, se está ocupando del caso en estos momentos, Archie.

—Veo problemático acusar de ningún delito a un resplandor —

objetó Archie, pensativo—. A menos que halle a quien lo causó. Pero no sabía que hubiera nadie capaz de provocar destellos que quemaran la vista a un ser humano, exceptuando a los científicos de la bomba atómica, la verdad.

—Yo tampoco. Estoy muy preocupada. El destello tuvo lugar en el valle, donde viven los granjeros…

—¿Y…?

—Hay posibilidades, por la dirección en que lo vimos nosotros dos, que procediera de la zona norte del valle, de la cañada tal vez.

—¿El lugar donde se han aposentado los nuevos granjeros?

—Exacto.

—¿Qué pretendes sugerir, Cheryl?

—No lo sé —confesó ella con un suspiro—. Pero no veo claro nada de esto.

—Yo tampoco. Esos muchachos llegan este mismo año, nadie les conoce a ellos ni a sus padres, se aposentan en el punto más alejado y aislado del valle… y, sin embargo, hoy se van a almorzar a sus casas, perdiendo más de una hora entre ir y volver, sino casi la totalidad de su tiempo libre. Eso no tiene sentido. Por si fuera poco, surge un resplandor en esa región, y un hombre queda ciego, sin que nadie de esa zona haya denunciado hecho anormal alguno. No tiene mucho sentido, la verdad.

—Es lo que digo yo. Algo me dice que todo eso puede encerrar un misterio.

—Lo encierra, sin duda alguna. No abundan, que yo sepa, los niños que resuelven problemas trigonométricos y de álgebra superior a los nueve años. ¿Sabe una cosa, Cheryl? Creo que voy a hacer yo mismo una visita a ese curioso valle…

Ella se alarmó, irguiéndose y mirándole con las cejas muy arqueadas. Sus ojos pardos brillaron inquietos.

—Puede ser peligroso…

—No tema —sonrió él—. Llevaré gafas oscuras especiales. De cristal totalmente negro. Pueden encontrarse en la óptica local.

—No me refería a eso. Pueden existir otros peligros que la ceguera, Archie.

—Es posible. Pero también puede ocurrir que no haya peligro alguno y estemos desorbitando las cosas excesivamente. Acaso un destello solar, un fenómeno puramente atmosférico, pudo causar la ceguera de ese buen hombre, y nada más. Y el resto tenga una explicación lógica y razonable.

—¿Usted cree?

—No, pero hay que comprobarlo. Creo que hoy mismo iré al valle. En cuanto caiga la tarde.

—¿De noche? —hubo un tono de profundo desasosiego en la voz de ella.

—¿Por qué no? La noche es el momento ideal para las visitas sigilosas…

—¿Puedo ir con usted? —preguntó ella, resueltamente.

—¿Cree que será prudente? Usted misma citó ciertos peligros posibles…

—Aun así, me gustaría ir. A su lado, no temo nada.

—Está bien. Iremos los dos —suspiró Archie—. Para su tranquilidad, sepa que tengo un revólver de seis tiros. Y que sé manejarlo bastante bien…

Eso pareció calmar un poco la inquietud de la joven. Pero aquella misma tarde, tendría motivos Cheryl Bridges para empezar a pensar que tal vez estaban ante algo para lo que de poco podía servir un revólver.

Eso fue cuando tuvo lugar el más atroz descubrimiento imaginable, justo al empezar la clase de la tarde…

—¿Dónde está Jim Benedict?

La pregunta de Cheryl quedó en suspenso. Los colegiales se miraron unos a otros, encogiéndose de hombros. Lem y sus cuatro amigos permanecían inclinados sobre sus libros, abstraídos en la lectura de las lecciones y ni siquiera parecieron oírla.

—No sé —manifestó al fin una niña de rubias trenzas,

sacudiendo la cabeza—. Le vi en el tobogán poco antes de dar la hora de regresar a clase, señorita Bridges. Se quedó allí cuando volvíamos todos. Creo que algún que otro niño se quedó con él, pero no sabría decirle quién, señorita...

—Aquí no falta más que Jim —insistió Cheryl, tras contar de nuevo a los presentes. Elevó la voz, golpeando con energía el pupitre con una vara graduada—. ¡A ver, escuchad todos! Que hable el que se quedó con Jim Benedict al final del tiempo de almorzar. ¿Quién de vosotros fue?

No hubo respuesta. Los alumnos cambiaron miradas entre sí, encogiéndose de hombros. Lem, Reb, Ken, Zek y Satt, habían levantado sus cabezas de los libros al hacer ella el requerimiento, pero se limitaban a clavar sus profundos ojos muy fijamente en la maestra sin reflejar emoción alguna. Ninguno respondió.

—Muy bien —dijo con firmeza—. Debo entender que, por alguna razón, uno de vosotros me está ocultando un hecho sin importancia. ¿Es que el que sea sabe lo que ha hecho Benedict para no venir a clase y tiene miedo de hablar? Si es así, que se sincere. Tiene mi promesa de que no voy a acusarle de nada, aunque ayudase a Jim en alguna travesura.

Igual silencio. Cheryl empezó a irritarse. Se puso en pie.

—Veo que alguien insiste en su absurdo silencio

Quedaos en vuestros sitios. Voy a buscar personalmente a Jim Benedict. Si no está en el parque, iré a su casa e informaré a su padre de todo. Jim dirá quién le acompañaba en el parque, y entonces sí tendré que castigar a quien no ha tenido el valor ni la honradez de hablar ahora.

Esperó unos segundos, por si cambiaba de idea el alumno en cuestión. Al seguir todo igual, se encaminó a la salida, advirtiendo severamente:

—Que nadie se mueva de aquí en mi ausencia, o será castigado con toda energía.

Cerró tras de sí, alejándose con paso rápido hacia el vecino parque infantil. Al asomar, no vio a nadie en su rotonda central, donde estaban las instalaciones de juegos, rodeadas por los setos y un parterre. Se había nublado la tarde y hacía un ligero aire frío y húmedo. Cheryl se estremeció, cruzándose de brazos para protegerse

del fresco repentino, sin dejar de caminar por el reducido ámbito del parque para niños.

No se veía ni rastro de Jim Benedict. Suspiró Cheryl, lamentando tener que dirigirse al doctor Benedict para denunciar la actitud de su hijo, ausentándose de clase sin justificación. Sabía que era mal estudiante, pero le molestaba más que hiciera «novillos» tan descaradamente.

Rodeó uno de los altos setos, para regresar a la escuela por el sendero. Telefonearía al doctor, sin necesidad de desplazarse, informándole de lo sucedido.

Apenas hubo dado vuelta al seto, encontró al niño perdido.

Un alarido de horror escapó de su garganta. Contempló despavorida el cuerpecito infantil tendido sobre la gravilla amarillenta, ahora enrojecida en un amplio charco por la sangre seca. No había mucha sangre, de

todos modos, para el aspecto que ofrecía el infortunado Jim Benedict.

Yacía boca arriba, totalmente blanco, exangüe, con los ojos desorbitados y una expresión terrible de horror en ellos, la piel convertida en yeso de tan lívida. Un profundo boquete rojo se abría en su garganta, sobre la yugular. Por allí había escapado toda la sangre de su cuerpo, hasta la última gota.

Pero sólo una décima parte de la misma había llegado a empapar la gravilla del parque infantil.

¿Dónde estaba el resto de su sangre?

CAPÍTULO V

La ambulancia se alejó, hacia el centro de la ciudad. El sheriff Brady anotó algo en su bloc de apuntes, tras hablar con la maestra. Cheryl, todavía demudada, rotos sus nervios, se dejó caer en un banco de la clase, ahora vacía.

—Ese muchacho era la piel del diablo —se quejó el sheriff, meneando la cabeza—. Al menos una docena de denuncias he pasado a su padre en poco más de un año, a causa de sus travesuras. El doctor Benedict ha pagado más de veinte multas en los dos últimos años por culpa de Jim. Pero ahora que está muerto, casi lamento haber sido tan duro con él. Nunca pensé que Lake City pudiera ser un sitio peligroso para los niños...

—¿Nunca ocurrió nada parecido aquí? —musitó Cheryl con voz muy débil.

—Jamás, por Dios —se sobresaltó Brady—. Esto no es una gran ciudad, no hemos tenido nunca un sádico ni un canalla entre nosotros... Aunque este caso más parece de vampirismo... Hay gente rara, locos enfermizos que se creen capaces de curar sus males con sangre humana, pero jamás pensé que seres así pudieran vivir en Lake City.

—¿No pudo ser un animal? —indagó Archie Masón, que estaba presente en la escuela, desde el momento mismo en que corrió la alarma por la zona tras hallar Cheryl el cadáver exangüe del pequeño Benedict.

—¿Un animal que diera esa dentellada mortal al niño, succionará su sangre, y no le causara ningún otro arañazo ni hematoma? Resulta raro, pero podría ser —se encogió de hombros—. De todos modos, sea lo que sea, a partir de hoy tendrán que cuidar de que los niños no vayan solos por ahí. Es un asunto horrible, la verdad.

El doctor Benedict apareció en el aula. Tambaleante, lívido, desencajado y con la cabeza hundida entre sus hombros. Los tres le miraron, conmiserativos.

—Doctor, creí que había vuelto a su casa —dijo Brady—. Le llevaré ahora en mi coche.

—No. gracias —rechazó el médico sombríamente—. Volveré caminando, sheriff. Será mejor que me dé el aire de la tarde... Dios mío, ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Quién pudo ser tan monstruoso como para causar ese daño a mi pobre hijo?

—Pensé que usted, aparte de ser su padre, podría como médico darnos una posible orientación al respecto, pero imagino que no estará usted para cosas así... El forense será esta vez el doctor Harvey y no usted. Será mejor así para...

—No, no —rechazó con energía Benedict—. Yo mismo haré la autopsia a mi pobre hijo, Brady. No me temblará el bisturí por eso. Ya es sólo un despojo humano. Como médico, sólo puedo decirle que la dentellada parece *humana,* no animal. Los incisivos que le causaron la hemorragia mortal son los de un ser humano, no una bestia, o mucho me equivoco. En cuanto al resto de su cuerpo, no ofrece desgarros ni arañazos, como un animal capaz de causarle esa lesión y succionar su sangre hubiera hecho. Como padre... sólo espero que ese monstruo asesino, ese demente ávido de sangre infantil, sea pronto capturado y aniquilado.

—Vamos a ocuparnos de ello de inmediato, doctor. Lake City es un sitio pequeño. No puede costamos mucho dar con el sanguinario canalla que hizo tal cosa. Poco después, Brady y el médico se ausentaban. Cheryl poco había podido relatar al respecto. Los niños habían sido desalojados de la clase para que no sufrieran traumas de ningún género. Ya debían estar todos en sus casas. Cuando corriera la voz de lo sucedido, difícilmente sus padres les permitirían salir de casa.

Una vez solos los dos, Archie Masón paseó por el aula, pensativo. Se quedó mirando a los pupitres ahora vacíos. Luego dirigió sus ojos a la silenciosa, demudada Cheryl.

—¿Por qué no le había hablado a Brady de todo eso referente a sus cinco niños prodigios? —se interesó.

Cheryl se estremeció levemente. Alzó la cabeza y contempló a Archie.

—No creí que tuviera relación alguna con esto —manifestó—. Estoy demasiado aturdida para pensar, Archie.

—Lo comprendo perfectamente —manifestó Masón afirmando con la cabeza. Golpeó con sus dedos en un pupitre y añadió, despacio —: Creí oírla mencionar que el niño asesinado se quedó con otro niño

en el parque...

—Sí. Pero nadie admitió ser ese otro niño. No entiendo por qué. Tal vez sea por miedo. Acaso vio lo que sucedía... y optó por callar.

—Sí, es posible —aceptó Archie, vagamente escéptico—. Mencionó también a una niña rubia que fue quien le vio quedarse allí acompañado...

—Oh, es cierto. Abigail Miller, la hija de los Miller, los panaderos. Una niña encantadora. Tan educada, inteligente y estudiosa... Ella le vio quedarse con otro compañero. Pero no recordaba quién era ese compañero.

—Resulta extraño —manifestó Archie lentamente, paseando por entre los pupitres. —Extraño, ¿el qué?

—El testimonio de esa niña, Abigail. Si es tan inteligente como dice, no parece lógico que olvidase al niño que se quedaba con Jim Benedict, por muy distraída que estuviese en ese momento. Los niños tienen una rara y especial capacidad de retentiva que muchos adultos no poseemos.

—Eso es cierto, pero pudo ocurrir que no se fijara bien, entretenida con sus amiguitas de clase...

—Está bien, admitámoslo... —se detuvo de pronto Archie, en la última hilera de pupitres. Se inclinó, tocando con el dedo él borde de una de las tablas—. ¿Utilizan habitualmente tinta roja en esta clase, Cheryl?

—¿Tinta roja? —se extrañó ella—. Cielos, no. Sólo hay esos tinteros que usted ve: tinta azul en todos. Pero habitualmente trabajamos con bolígrafos. ¿Por qué lo pregunta?

—Aquí hay una mancha rojo oscura. Puede ser tinta. *O sangre.*

—¡Sangre! —ella pegó un respingo? incorporándose y corriendo hacia él—. Archie, por Dios, ¿Qué broma es ésa?

—No acostumbro a bromear con cosas así —protestó él—. Vea la mancha. ¿Alguien hace sus ejercicios con bolígrafos rojos?

—Nadie. Está prohibido usar otra tinta que la azul o negra. Y no hay clase de dibujo ni se colorean imágenes —se detuvo ante el pupitre. Tocó la pequeña manchita rojo oscura en su borde. Parecía

adquirir un leve tono de óxido—. Sí, parece sangre. Tal vez el niño se cortó. Les ocurre a veces con harta frecuencia, ¿no?

—Claro —sonrió Archie Masón—. Yo mismo iba de niño lleno de heridas y cortes. ¿De quién es este pupitre?

—De... de Lema, el niño rubio del valle.

—Me lo temía —dijo sombríamente el escritor.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó Cheryl, mirándole vivamente.

—Nada —suspiró él—. Creo que hay más motivos que nunca para ir esta noche al valle. Pero será mejor que usted no venga conmigo. De repente, este asunto se está poniendo realmente peligroso...

Aquella misma noche, mientras Archie Masón iniciaba su viaje al valle, sin la compañía de Cheryl, a quien se negó en rotundo a llevar, ésta recibía en su vivienda de la escuela una misiva sorprendente, que alguien dejó de forma subrepticia bajo la puerta de su casa.

Era un sobre barato, en el que se había garrapateado con letra infantil su nombre. Al abrirlo, una hoja de cuaderno cuadriculado, mal recortado, le mostró un mensaje tan inquietante como sorprendente.

La misma letra ingenua, aniñada, ocupaba unas líneas en el papel. Unas líneas que causaron el pánico en Cheryl Bridges:

Sé muy bien qué niño estaba con Jim Benedict cuando se quedó en el parque infantil esta tarde. Tengo miedo. Venga a verme y le diré su nombre.

Cheryl no vaciló un solo instante. Tomó una chaqueta de lana de su armario, y echó a andar hacia la salida. Vaciló en la misma. Luego, un irrefrenable impulso, la hizo tomar unas tijeras de costura de encima de la mesa, y las guardó bajo la chaqueta, saliendo al oscuro atardecer de la población. El aire se había tornado más fuerte, más húmedo y más frío. Se encaminó con paso rápido hacia la panadería de los Miller.

No distaba excesivamente de la escuela, puesto que

el establecimiento se hallaba en la entrada misma a Sycomore Avenue, una de las travesías arboladas y amplias de la calle principal

de Lake City. Cheryl recorrió la distancia no exenta de cierta aprensión, mirando en torno suyo hacia las sombras que se apelmazaban más allá de las luces callejeras, como acechando entre setos y árboles. Tras la trágica muerte del pequeño Benedict a

manos del ser que le desangró las venas, todo parecía posible en la hasta entonces apacible y tranquila comunidad.

Pero nada sucedió durante todo el recorrido. Cheryl se encontró pronto ante la vivienda de los Miller, que ocupaban la parte alta del edificio cuyos bajos se destinaban a su panadería y pastelería, ahora cerrada al público, dado lo avanzado de la hora. Tal vez a causa del suceso macabro de aquella tarde, la avenida desierta y silenciosa en toda su longitud, a excepción de los faros de un coche que estaba entrando en ese momento en un garaje, y de un ciclista que doblaba velozmente una cercana esquina, alejándose.

Cheryl miró a las iluminadas ventanas de la casa de los Miller. Vaciló. ¿Era razonable molestar a los padres de la niña a estas horas? ¿Les gustaría a ellos el hecho de que su hija Abigail hubiera escrito aquella misiva a la maestra? De todos modos, la pequeña pedía verla. Y ella estaba dispuesta a atender la petición apremiante de la alumna asustada. Avanzó, en dirección a la puerta de la vivienda contigua a la de la tienda, para pulsar el timbre. Antes, miró de nuevo arriba. Una ventana aparecía abierta, pese al frescor de la noche, con su postigo de guillotina alzado.

Frunció el ceño. Del alféizar colgaba algo que agitaba el aire: era una tela azul pálida, desgarrada y enganchada a algún punto. Recordó que Abigail llevaba aquella misma tarde un vestidito de ese mismo color.

Meneó la cabeza, intrigada, dando unos pasos más.

No pudo contener un terrible, largo, agudo chillido de supremo pavor.

Retrocedió, angustiada, al enfrentarse por segunda vez en pocas horas, a la más terrorífica imagen de muerte jamás imaginada.

Esta vez, el cuerpecito yacía no lejos de los tres escalones de acceso a la puerta de entrada, sobre un rectángulo de césped, junto al seto. Era Abigail, sin duda alguna. Su cabello dorado aparecía desparramado sobre la verde hierba. Su rostro era una máscara helada, de color yeso, y ojos desorbitados. Una terrible herida en su cuello, señalaba el punto por donde había escapado toda la sangre de

sus venas, dejándola exangüe en el lugar donde yacía. Solamente un débil reguero oscuro, bajo el cuello y la cabeza ladeada, indicaba un pequeño residuo de la hemorragia mortal.

Abigail Miller ya no diría nunca quién estaba con Jim Benedict en el parque. Estaba tan muerta como él.

Pero en ese trágico, espantoso momento, Cheryl Bridges tuvo la tremenda evidencia de saber sin lugar a dudas *quién* era ese niño cuyo nombre jamás saldría ya de labios de la infortunada criatura.

Archie Masón se movió sigilosamente por entre la espesura que le rodeaba. Las débiles y aisladas luces de las demás granjas quedaban ya atrás, a su espalda, como luciérnagas dispersas en la oscura noche fría y ventosa. El rumor de los cañaverales agitados por la brisa húmeda tenía algo de irreal, como si fantasmas desconocidos merodeasen en torno suyo, acechando sus movimientos.

Sostenía en una pesada linterna que podía servir, en caso de emergencia, de objeto contundente. Pero también en la otra mano iba el revólver, presto a vomitar sus seis proyectiles sobre cualquier hipotético enemigo surgido de las tinieblas nocturnas del llamado valle del Arco Iris donde ahora se hallaba.

Frente a él, a cosa de media milla aproximadamente, se alzaban unos montículos rocosos, en los que se abrían profundas grietas que habían atraído a muchos turistas durante los últimos años. Entre esa pared pedregosa y él, se hallaba la depresión de la cañada, sombría y sinuosa, serpenteando a lo largo del cauce de un estrecho arroyo que iba a desembocar en el lago. Descendió la ladera cubierta de vegetación, procurando no perder el equilibrio ni precipitarse al fondo a causa de las piedras rodantes que pisaba en su camino.

Por el momento, una cierta decepción presidía su exploración nocturna. Quizá él y la bonita maestra habían abusado de su imaginación al suponer que en el valle podía estar la explicación de algunas cosas. A fin de cuentas, era sólo una teoría muy arriesgada buscarle relación a la muerte del niño en el parque con la presencia de unos niños superdotados mentalmente, en la clase de Cheryl Bridges.

De pronto, Archie dejó de reflexionar sobre todo eso, para agazaparse con rapidez entre la espesura, apagando su linterna. Un reflejo de ésta en unas piedras blanquecinas, le había mostrado algo que no era fácilmente visible en la oscuridad.

Había un hombre cerca de él. Un hombre armado con un rifle,

paseando arriba y abajo, junto a algo que también había despedido un brillo metálico, mortecino. Se mantuvo agazapado, a la expectativa, pendiente de los movimientos del desconocido, a menos de veinte yardas de él. Pronto identificó la causa de aquel brillo de metal.

Eran alambradas. Alambradas rodeando algo, una zona acotada y vigilada. En la distancia, captó crujido de arbustos. Y captó borrosamente otra figura en movimiento. Cuando se recortó contra las estrellas advirtió que era otro hombre armado.

¿Qué hacían allí los granjeros, o quienquiera que fuesen aquellos hombres, vigilando arma en ristre una zona de la cañada, habitualmente del dominio público, sin razón para que nadie la acotara caprichosamente?

Archie Masón arrugó el ceño. Eso no tenía mucho sentido. No era lógico que los habitantes del valle tomaran como tierra propia un lugar de paso obligado. Y menos, protegiéndolo con armas de fuego. Que él supiera, la gente de Lake City era de lo más pacífico imaginable. Esto no encajaba con esa idea.

Reptó, pegado a los arbustos, hasta llegar muy cerca de la alambrada. Comprendió que ésta era fuerte y bien asentada, apoyándose en gruesos troncos hundidos con firmeza en la. tierra húmeda. Tuvo que pegarse al suelo como una lapa, para impedir que el vigilante más próximo, al pasar a cosa de una yarda de él, pudiera captar su presencia en el lugar.

El hombre se alejó, pisando firmemente en la tierra y los ramajes. Archie alzó de nuevo la cabeza. Probó los alambres, procurando no herirse con sus pinchos. Eran tensos y fuertes. Resistentes, evidentemente. ¿Por qué tales medidas de seguridad?

Archie probó a pasar por debajo de la alambrada, sin herirse. Lo logró. Era esbelto, ágil y diestro. Había servido en la Infantería de Marina, y allí los ejercicios eran más difíciles aún que esto. Por fortuna, todavía los recordaba bien, y sus músculos estaban bien entrenados gracias al deporte.

Una vez en la zona acotada, se deslizó, con el sigilo de un indio o la sutileza silenciosa de un reptil, hacia

el centro de la zona alambrada del cañaveral. Poco después, captó otro vigilante, erguido y con su rifle entre las manos, alerta en medio de la noche.

Pasó cerca de él, sin hacer ruido, conteniendo la respiración. El terreno allí producía una depresión más acentuada, hacia el lecho del arroyo, en pendiente muy inclinada, donde era fácil hacer rodar las piedras. Procuró evitarlo cuanto le fue posible, y se detuvo en seco momentos después.

Había llegado a alguna parte, aunque no sabía exactamente adonde. Frente a él, un repentino resplandor apagado, emergía de entre los altos cañaverales, como si hubiera un fuego escondido.

Era un fulgor anaranjado, tenue, que sufría alternativas de mayor o menor intensidad, como un fuego aventado de vez en cuando. Pero estaba seguro de que no se trataba de una fogata, ni mucho menos. Tenía un cierto tono frío, irreal. Como producido por algún foco de luz artificial, sumergido bajo la espesura.

Se bajó las gafas de cristales oscuros que, previsoramente, llevaba alzadas sobre su frente, por si se repetía el extraño fenómeno del resplandor capaz de volver ciego a un hombre.

Pero la luz no aumentó en intensidad ni le producía daño alguno. Era como una brasa amortiguada. Tuvo, sin embargo, la impresión de que podía llegar a ser fuerte de una claridad deslumbrante, si alguien se lo proponía. Y la idea no le gustó sin saber la razón exacta de ello.

—¿Qué mil diablos será eso? —se preguntó entre dientes—. ¿El fuego sagrado de alguna secta misteriosa? Juraría que hay algo de clandestino en todo esto... De día no creo que se dejen ver hombres armados de rifles, deambulando por una cañada acotada caprichosamente por estos granjeros o lo que mil diablos sean...

De repente, detuvo el hilo de sus pensamientos. Un

sonido extraño a tales horas le hizo prestar toda su atención al punto de origen de aquella luz misteriosa. Eran risas.

Risas de niños. Estaba seguro de eso.

Pulsó el interruptor de su cronómetro digital luminoso. Las cifras fueron expresivas: las veintidós treinta y cinco. A las once menos veinticinco de la noche, ningún niño permanecía despierto en aquella región, teniendo que ir al colegio a las ocho del día siguiente, y menos aún los hijos de los granjeros, se dijo Archie.

Pero no había duda alguna. Eran niños que reían. Las risas

resultaban agudas, risueñas, felices. Debía haber cuando menos una docena de niños riendo a la vez, de algo que les hacía mucha gracia. Meneó la cabeza, desorientado.

Trató de averiguar algo más. Se acercó unas yardas todavía al punto de origen luminoso. Empezó a notar un extraño frío. No, no era el mismo frío de la noche, del viento, la humedad y el clima repentinamente otoñal. No era eso. Era *otro* frío muy distinto. Se sentía en los huesos, en la sangre casi. Enfriaba su piel y sus propias ideas. Como un frío de *otro mundo,* pensó alarmado por algo que ni siquiera entendía bien del todo, pero que empezaba a inquietarle.

Un poco más cerca, y casi le castañetearon los dientes. Notó la piel y las ropas heladas. Incluso la brisa nocturna parecía cálida allí.

Creyó entender. Y no le gustó.

El frío procedía del foco de luz Aquella claridad emitía un frío helado, inexplicable. Tenía tan cerca los primeros ramajes que cubrían el origen del resplandor, ahora muy amortiguado por los vidrios negros de sus gafas, que alargó una mano y tocó esos arbustos, intentando apartarlos para ver mejor cuál era el origen real de aquella luz fría.

Fue un error por su parte. Un tremendo error. Pero lo supo demasiado tarde.

Para entonces, ya había tocado los ramajes. Y había lanzado un grito ronco, mitad de dolor. El frío de los arbustos era tal, que notó la quemadura en los dedos. Era como la quemazón del hielo. Saltó atrás, intentando cerrar la boca, pero demasiado tarde. Ya había gritado.

Y eso provocó la alarma en la zona alambrada.

Las risas de los niños cesaron de inmediato. En su lugar, captó gritos de alarma, de sobresalto. Pero eran *también* gritos de niños. Aunque no vio a ninguno de ellos.

Los hombres armados emitieron voces roncas. No entendió nada, pero oyó sus pisadas recias, hollando los ramajes, en busca suya. Archie Masón se puso en pie de un salto y corrió hacia las alambradas, agazapado, pero sin intentar pasar ya desapercibido. Su mano aún le dolía, como una sensación de gélida abrasadura, y había perdido la linterna, aunque no así su revólver.

Restalló una detonación de rifle a su espalda. Sintió pasarle muy

cerca un proyectil, zumbando en la noche. Corrió en zigzag para evitar ser alcanzado, y otros dos disparos sonaron tras él en rápida sucesión. Nuevos proyectiles silbaron próximos a su persona, cada vez más inquietantes, pero resolvió no responder a tiros a semejantes procedimientos, para no complicar más las cosas.

Súbitamente, ante él emergió otro hombre armado de rifle. Su silueta se recortó amenazadoramente en la noche. El arma fue asestada hacia él sin contemplaciones. Archie sintió verdadero temor de ser acribillado allí mismo sin más ambages. Alzó sus brazos, para impedirlo a tiempo.

—¡No dispare! —voceó—. Soy persona de paz, sólo

me perdí por aquí, amigo… Se lo explicaré todo a usted y a sus vecinos…

No sirvió de nada. Sorprendentemente, el hombre no vaciló en apretar el gatillo y disparar. Archie, aterrado, se arrojó de bruces al suelo como una centella, cuando advirtió que el hombre se disponía a hacer tal cosa. Llameó el rifle y brotó la bala. Pese a su rápida maniobra recibió un arañazo de metal candente en el cuero cabelludo. De no arrojarse tan de prisa, le hubieran volado la cabeza inexplicablemente, pese a su demanda.

Aquello le convenció de algo: no podía fiarse de sus adversarios. Tiraban a matar, sin andarse con rodeos. Eso no tenía sentido. Los granjeros pueden ser algo raros con sus propiedades, pero no son asesinos a sangre fría. Cuando oyó el cerrojo del arma, comprendió que el tipo intentaba disparar de nuevo sobre él a bocajarro, con todas las ventajas. A su espalda, pisadas enérgicas de otros individuos armados ponían una nota pesimista en su desesperada situación.

Archie ya no vaciló más. Alzó su mano armada del revólver y apretó el gatillo.

El hombre chilló agudamente, al recibir la bala. Saltó atrás, soltando el rifle.

Y ocurrió algo fantástico.

Una llamarada radiante brotó de su pecho herido, pese a que Archie procuró no hacer un disparo mortal, y la figura del hombre se fundió en una especie de fogonazo increíble, color verdoso, que siluetó su figura en una fosforescencia fugaz… ¡antes de convertirse en una especie de estatua grisácea, de ceniza, que luego se desmoronó,

dispersándose en pavesas por el aire nocturno!

Del hombre del rifle no quedó ni el menor rastro. Se había volatilizado ante los ojos incrédulos de Archie.

Atrás, en alguna parte, oyó gritos y sollozos de niños asustados...

CAPÍTULO VI

El sheriff Brady estaba lívido. Su vidriosa mirada, fija en Cheryl Bridges, expresaba todo el horror del mundo.

—No puedo entenderlo —masculló con voz ronca—. Es..., es increíble. Dos crímenes idénticos en la misma noche... con apenas unas pocas horas de intermedio entre uno y otro. ¿Qué maldito horror ha caído sobre nosotros?

La señora Miller sollozaba amargamente, apoyada en su marido. El rostro de éste era una máscara de angustia y de dolor, pero se mantenía relativamente sereno. La pequeña Abigail, cubierta por una sábana, esperaba a que la ambulancia la llevase al depósito local, junto al pequeño Jim, su compañero de clase.

—Mi hija nada nos dijo de esa caria que la envió a usted, señorita Bridges —manifestó el padre de Abigail roncamente—. Pero sí me pareció extraña durante la cena. Apenas si quiso comer algo, y estaba nerviosa, inquieta... Lo atribuimos a la tragedia sucedida hoy a un compañero, pero nada más. Cuando se retiró a descansar, parecía algo más aliviada. ¿Cómo pudo enviarle a usted esa carta sin saberlo nosotros?

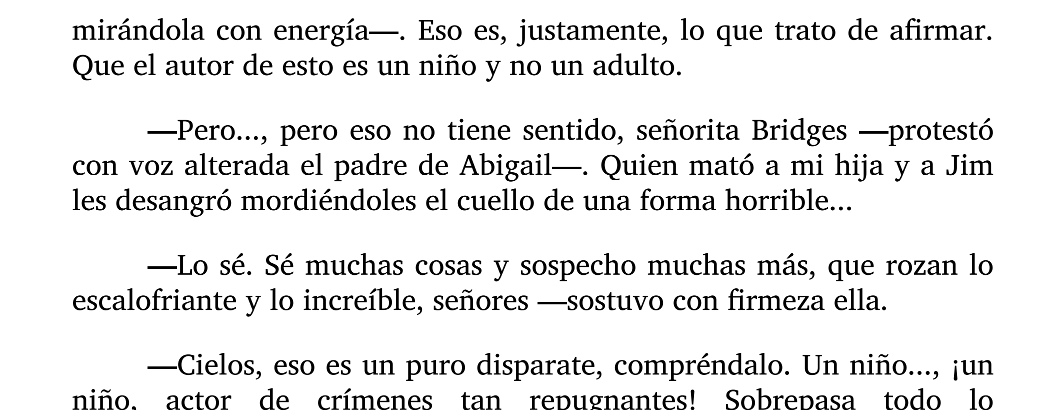
—Supongo que la dejó bajo mi puerta antes de cenar. Debió ir corriendo a la escuela en un descuido de ustedes, para regresar de inmediato. Yo me entretuve hasta tarde corrigiendo unos ejercicios, y cuando subí a casa encontré la carta. Por eso vine en seguida. Pero ya era demasiado tarde...

—¿Qué cree que pudo suceder, señorita Bridges? —indagó el sheriff, perplejo.

—No puedo saberlo. Pero imagino que alguien supo que había sido visto con el pequeño Jim en el parque, vigiló a Abigail y comprendió que debía silenciarla. Acaso la llamó desde fuera de la casa, ella asomó... y de alguna forma, logró sacarla de su alcoba, viva o muerta, desangrándola después.

—Dios mío, ¿qué está diciendo? —se horrorizó el sheriff—. Habla usted como..., como si el autor de su muerte y la de Jim Benedict hubiera podido ser... *¡otro niño* y no un adulto!

—Sí, sheriff Brady —afirmó rotundamente la joven maestra,



mirándola con energía—. Eso es, justamente, lo que trato de afirmar. Que el autor de esto es un niño y no un adulto.

—Pero..., pero eso no tiene sentido, señorita Bridges —protestó con voz alterada el padre de Abigail—. Quien mató a mi hija y a Jim les desangró mordiéndoles el cuello de una forma horrible...

—Lo sé. Sé muchas cosas y sospecho muchas más, que rozan lo escalofriante y lo increíble, señores —sostuvo con firmeza ella.

—Cielos, eso es un puro disparate, compréndalo. Un niño..., ¡un niño, actor de crímenes tan repugnantes! Sobrepasa todo lo imaginable, señorita Bridges...

—Sabía que no iban a creerme. Nadie lo creerá. Pero existen en mi clase niños que dominan la trigonometría y el álgebra superior mejor que un ingeniero o un matemático. Niños que no son como los demás, que viven en el valle, donde un hombre se quedó ciego a causa de un extraño e inexplicable resplandor... Sheriff, no sé lo que está sucediendo aquí, pero mi instinto me

dice que algo espantoso nos rodea sin que nadie se dé cuenta exacta de ello. Y quizás estas dos muertes de hoy sean sólo el principio...

—¿El principio de qué? —se alarmó Brady, que no entendía nada.

—El principio de un horror sin límites, que está más allá de toda comprensión humana. Y Dios quiera que esté equivocada...

—Trate de ser más explícita, señorita. ¿Qué es lo que sabe, exactamente, para estar tan convencida de que ocurre algo anormal en esta ciudad, aparte la existencia de un criminal loco?

—Usted mismo ha visto la carta de la niña: dice que sabe *qué niño* estaba con Jim en el parque cuando le mataron. Fíjese bien que no habla de una «persona», sino de «un niño» concretamente. ¿Quién podrá tener interés en silenciarla entonces, antes de que hablase conmigo? Ese mismo niño, evidentemente.

—Los niños no pueden ser asesinos, señorita Bridges —protestó horrorizado el señor Miller.

—Hasta hoy, pensaba como usted. Pero me pregunto con qué clase de niños estamos enfrentándonos en estos momentos...

—¿Qué quiere decir?

—No sé, no sé —se pasó, nerviosa, una mano por el rostro, apartando sus desordenados cabellos—. Escuche, sheriff: no soy yo sola quien intuye que algo siniestro está sucediendo aquí en estos momentos. Archie Masón, el escritor, que es vecino mío, está persuadido de que un secreto inconfesable se oculta en el valle y ha ido allí esta noche a investigarlo por su cuenta.

—Dios, qué locura —jadeó Brady, alarmado—. ¿Por qué no me informaron antes?

—Usted no iba a creer en nuestras sospechas, sheriff. Si le digo esto ahora, es porque la muerte de Abigail empieza a convertir el asunto en una auténtica pesadilla de inconcebibles consecuencias futuras.

—¿Dónde está ahora el señor Masón, exactamente? —indagó Brady, tajante.

—Imagino que en la cañada, entre la zona de los granjeros y las grutas. Allí surgió el resplandor que cegó a Burke. Allí ocurre algo. Allí viven los niños que acuden a mi clase y, sin embargo, saben cosas que sólo un adulto con carrera conocería. Niños de los que casi nadie sabe nada aquí, porque son nuevos en Lake City.

—¿Qué niños son ésos, señorita Bridges? Deme su nombre, se lo ruego —pidió Brady, disponiéndose a apuntar en su bloc.

—Lem, Reb, Ken, Zek y Satt —informó ella fríamente—. Son sus nombres.

—¿Y apellidos?

—No dieron. Es una de las cosas que estuve investigando esta noche en la documentación de todos mis alumnos en la escuela, antes de recibir la carta de la pobre Abigail..: Allí tampoco figuran sus apellidos ni el nombre de sus padres. Su inscripción en el curso ha sido, por tanto, irregular y bastante extraña, aunque aparecen las firmas del Comité Municipal de Enseñanza en sus inscripciones.

—Cielos, ¿quién pudo enviar a esos críos a su escuela?

—No lo sé, sheriff. Pero quienquiera que fuese, dista mucho de ser. una persona o personas normales. La respuesta, si la hay, debe estar en ese valle.

—Creo que va a ser preciso ir hacia allí de inmediato —dijo con voz rotunda el representante de la ley, guardando su bloc y encaminándose a la salida.

En ese momento, al abrir la puerta, retrocedió con sorpresa, al tiempo que Cheryl daba un grito ronco de angustia, y los Miller se abrazaban, sobrecogidos, ante la figura tambaleante y despeinada que aparecía en la entrada, con el rostro cubierto por regueros delgados de sangre que brotaban de su cabeza.

—¡Cielos, señor Masón! —clamó Brady, sobresaltado—. ¿Qué le ocurre?

—Archie... —gimió Cheryl, muy pálida—. ¿De dónde sale usted? ¿Qué le pasó?

—Algo terrible, Cheryl —respondió el joven escritor con voz alterada—. En el valle... Me hirió un hombre y quiso matarme. Le disparé. Creo..., creo que le maté. Sólo intenté herirle en la clavícula derecha. Pero le maté. Le maté de un modo horrible... Se hizo fuego, para luego convertirse en cenizas y dispersarse... Aquel hombre, sheriff..., fuese quien fuese..., *no era de este mundo.*

* * *

El sheriff Brady conducía por la carretera vecinal con manos crispadas en el volante. La luz del salpicadero alumbraba extrañamente su ancho y rudo rostro. Los ojos entornados brillaban duramente. Llevaba junto a él su potente rifle Winchester a punto. Tras el coche del representante de la ley, una caravana formada por otros seis automóviles repletos de ciudadanos de Lake City, convertidos en comisarios accidentales, al mando de dos ayudantes de Brady, constituían la fuerza activa que pretendía poner en claro, de una vez por todas, el misterio del valle del Arco Iris y la explicación al horror repentinamente abatido sobre su ciudad, en forma de un hombre ciego de por vida y dos niños inocentes sacrificados en la más horrenda de las ceremonias sangrientas imaginables.

Los faros de los coches barrían la ruta en sombras, y los árboles agitaban sus ramas como espectros, en

torno a los vehículos en marcha, pareciendo que sus brazos

sarmentosos se extendían malignamente hacia los hombres que avanzaban resueltamente en dirección a la posible clave del enigma.

Tras el sheriff, sentados en el asiento posterior, Archie Masón y Cheryl Bridges permanecían el uno junto al otro, mirando sombríamente al exterior. Un ancho esparadrapo se cruzaba sobre el cabello y la piel arañada por la bala, en la frente del escritor. Llevaba un revólver metido entre pantalón y camisa, dispuesto a usarlo de nuevo si era necesario, en el enfrentamiento con los misteriosos hombres armados del valle.

—¿Dice que el hombre a quien usted hirió se evaporó en el aire? —indagó repentinamente Brady, girando bruscamente su coche patrulla en una cerrada curva.

—Algo parecido. Primero emitió una llamarada desde el punto herido. Luego, se puso incandescente todo él, con una fosforescencia verdosa, para luego tornarse una estatua gris, cenicienta, que se dispersó con el simple soplo de la brisa, sin dejar huella alguna de su presencia. Fue un espectáculo fugaz y terrible a la vez, sheriff.

—Es fácil imaginar que sí —aceptó Brady, perplejo—. ¿De veras cree que nos las tenemos que ver con extra terrestres?

—No cabe otra explicación. Eso, o que el mismo diablo ha venido a Lake City a sembrar el terror y la muerte. Prefiero elegir la primera posibilidad. Nunca creí en esas historias de invasores de otros mundos. Pero empiezo a cambiar de idea en esta ocasión.

—¿Dice que usan ellos armas de fuego, como cualquier humano o terrestre?

—Tienen experiencia humana, terrestre como usted dice. Eso puede ser una simple mutación física o quizá sean humanoides realmente. De un modo u otro, mientras están entre nosotros utilizan armas de las que usamos los demás, es evidente. Y no vacilan en tirar a matar, aunque uno se rinda, si piensan que el intruso sabe demasiado.

—Y en conclusión, Masón, ¿qué es lo que sabe usted? —refunfuñó Brady.

—No mucho, la verdad. Sé que hay una zona acotada en la cañada, donde brilla una extraña luz entre los arbustos, como algo luminoso sepultado y oculto, camuflado entre ramajes. Es una luz glacial, que hiela hasta casi abrasar con su contacto. Y en sus

cercanías se oyen risas. Risas de niños, que de pronto pueden convertirse en gritos y sollozos también infantiles. Es algo horrible. Ponía la carne de gallina, sheriff.

—Lo creo. Es usted muy valiente, señor Masón, habiendo ido tan lejos en esto.

—Me vi metido en ello sin apenas darme cuenta. En realidad, quien tuvo mérito mayor en todo esto fue la señorita Bridges. Ella en seguida captó algo raro en esos niños de su clase. Tenía toda la razón. Tal vez ni siquiera sean humanos. No lo que nosotros entendemos por humanos, cuando menos.

—Me gustaría saber lo que vamos a encontrar realmente allí cuando lleguemos —farfulló Brady con malhumor—. Estoy deseando aplastar a las malditas alimañas que fueron capaces de sacrificar de ese modo a pobres niños como Jim Benedict y Abigail Miller...

—Pues no tendrá que esperar mucho para intentarlo, si hay suerte —comentó gravemente Masón, señalando adelante—. Allí está la cañada...

Brady asintió. Era buen conocedor del terreno que pisaban, como nativo de Lake City que era. Redujo la marcha del vehículo, alargando la mano para tomar el rifle con su zurda, sin soltar el volante con la otra. Hizo sonar su claxon para avisar a los demás.

Luego, rodeó las granjas, oscuras y silenciosas a estas horas, alcanzó el borde del terraplén de la cañada,

y repentinamente proyectó el reflector policial sobre el fondo de la misma, al tiempo que saltaban del vehículo él y sus acompañantes, armas en mano. Los demás coches formaron una hilera junto al vehículo de la policía, enfilando todos sus faros hacia el fondo de la sombría cañada.

La luz invadió su fondo, mientras todos, precavidamente, cubrían sus ojos con gafas de vidrios oscuros, recomendadas repetidamente por Archie Masón. El y Cheryl también bajaron sus gafas para protegerse de cualquier luz devastadora que pudiera surgir de la cañada.

Comenzó de inmediato un nutrido tiroteo de todos los acompañantes de Brady, centrando el fuego de sus armas en los cañaverales oscuros, aunque no eran visibles aún hombres algunos, si bien la alambrada sí destacó a la luz, entre las cañas, ostensiblemente.

Pero nadie guardando la zona misteriosamente acotada.

La noche se llenó de estruendo, de fogonazos, de olor acre a pólvora. Pero el tiroteo parecía tan inútil como absurdo, porque no aparecía blanco viviente alguno que justificara tal violencia agresora.

—¡Esperen, esperen todos, maldita sea! —bramó Brady, alzando los brazos e intentando hacerse oír entre el fragor de los disparos—. ¡No desperdicien más munición, por todos los diablos! ¡No se ve a nadie ahí abajo, aunque la alambrada que mencionó el señor Masón está ahí! Vamos a bajar unos cuantos a explorar. Los demás, mantengan las armas enfiladas hacia allá, por si acaso. ¿Quién va a seguirme?

—Yo —se ofreció espontáneamente Masón.

—Yo voy con ustedes —se apresuró a añadir Cheryl—. No quiero quedarme sola por nada del mundo, Archie.

—Puede ser peligroso, Cheryl —objetó éste, incómodo.

—Ahora, si no me equivoco, todo es peligroso. Esa gente, sea quien sea, lleva la muerte consigo. Estoy decidida a no separarme de usted ocurra lo que ocurra, Archie.

—Está bien, vengan los dos —admitió de mala gana Brady. Y llamó a otros de los espontáneos componentes de aquella fuerza armada—. ¡Eh, vosotros! Sólo necesito a un par de hombres más. Será suficiente. El resto, seguid rodeando la cañada, con las luces encendidas y las armas a punto. Esas malditas ratas, sean quienes sean, tendrán que salir de sus escondrijos del diablo, como me llamo Sam Brady.

Pesadamente, el sheriff inició el avance, cañada abajo, seguido por Cheryl, Archie y dos hombres, rifle en mano. La reducida fuerza exploradora salvó las alambradas. Archie Masón señaló un punto con su mano armada del revólver.

—Ahí estaba el tipo que disparó sobre mí. Y ahí desapareció, convertido en cenizas...

Miraron al suelo sin hallar rastro del personaje que mencionaba Masón. Salvaron la alambrada inicial. Archie avisó con voz tensa, señalando ante sí:

—Cuidado. Nos acercamos a la zona donde vi la luz fría...

Lo dijo muy a tiempo. Repentinamente, el suelo pareció encenderse, fosforescente y anaranjado a sus pies. Retrocedieron, sobresaltados. A uno de los hombres se le disparó el rifle.

Los ramajes saltaron a todos lados, como disparados por una fuerza inmensa. Un creciente resplandor comenzó a elevarse en la zona, hasta parecer pleno día en plena explosión solar. Archie avisó, desesperado:

—¡Cuidado! ¡Los ojos! ¡Podemos quedarnos ciegos!

Era cierto. El resplandor crecía, rápida e intensamente. Ahora, todo el suelo parecía una fantástica erupción volcánica sin ruido ni fuego, despidiendo luz cegadora.

El suelo temblaba, estremecido por algo. Los arbustos se movieron, saltando a todos lados después, como arrancados de sus raíces por una fuerza interior profunda y devastadora.

—¡Dios! ¿Qué es esto? —gritó, aterrado, el sheriff Brady.

Archie Masón aferró con fuerza la mano de Cheryl, apartándose vivamente de la zona repentinamente luminosa y notó que la joven temblaba, dominada por el pánico. Los tiradores llegados de la población arrojaban sus armas, despavoridos, y corrían en todas direcciones, en busca de su propia salvación, perdido todo su valor anterior. El fenómeno no se detuvo. Antes al contrario: creció de grado e intensidad, y al oír algunos gritos de angustia, Archie giró la cabeza, pudiendo descubrir, gracias a los gruesos vidrios negros de sus gafas, en medio del resplandor mágico que brotaba de la tierra, cómo caían de rodillas los ayudantes del sheriff, con sus rostros enrojecidos, los cabellos erizados, al ser alcanzados por la masa incandescente que emergía del fondo de la cañada.

Porque *algo* estaba empezando a brotar de allí. Algo fantástico, increíble, lleno de luz y de energía destructora. Ese algo parecía un enorme plato, un disco resplandeciente, que ahora emitía un ruido profundo, sibilante, estremecedor, mientras los temblores del suelo se hacían tan ostensibles como si comenzase un auténtico terremoto.

Aquel «algo» parecía ser una nave espacial, un objeto volador de los que sólo era posible ver muestras en relatos de fantasía o reportajes sensacionalistas. Los hombres del grupo de Brady que fueron alcanzados por el campo de fuerza de aquella asombrosa nave, salieron despedidos con violencia contra las piedras. Archie, horrorizado, descubrió cómo el propio Brady se destrozaba la cabeza

contra las rocas, así como algunos de sus ayudantes espontáneos, quedando inertes y bañados en sangre.

Corrió cuanto le fue posible, tirando de Cheryl con todas sus fuerzas, y comprendiendo que aquella mole fantástica era un peligro cierto, mortal, capaz de dejar sembrado de cadáveres el lugar antes de tomar altura, emergiendo del fondo de la cañada como estaba haciendo ahora.

Pero repentinamente, la nave se detuvo, suspendida ligeramente sobre la tierra, y su resplandor se extinguió, quedando sólo una fosforescencia mágica que partía de todo su redondo fuselaje.

Ante ellos dos, como vomitados por las sombras de la noche, aparecieron unas pequeñas figuras. Cheryl aferró la mano de su compañero con terror, parándose en seco.

—¡Lem! —gimió—. ¡Tú!

Archie pudo ver al rubio niño de la escuela, que era el que capitaneaba un grupo de varios muchachos. Eran ellos los que, apareciendo de improviso entre los cañaverales, les interceptaban el paso en este momento.

—Lo siento, señorita Bridges —dijo suavemente el niño—. No debió venir aquí esta noche. Lo siento mucho...

—Déjanos pasar, seáis quienes seáis —avisó Archie, enarbolando su revólver amenazadoramente—. Sé que puedo mataros si disparo, sea cual sea vuestra naturaleza.

Lem le miró con extraña dulzura, sin inmutarse. El resto de los niños conservaba un rostro absolutamente inexpresivo, como si no sintieran emoción alguna.

—Será inútil cuanto haga, señor —sonrió Lem—. Puede matarme a mí. Pero somos muchos. Demasiados para usted...

—¿Qué pretendéis hacer ahora con nosotros, Lem? —se inquietó Cheryl.

—Nada, señorita Bridges —habló el pequeño—. No tema... Pero tienen que venir con nosotros. Los dos.

—¡No, eso no! —gimió ella, aterrada.

—No nos llevaréis a ninguna parte —rechazó Archie Masón, enérgico—. Al menos, no con vida, malditos críos.

—Eso no pueden ustedes impedirlo —suspiró Lem, apacible.

Archie no entendió bien en principio el sentido de esas palabras, pero pronto se confirmaron los extraños poderes de aquellas criaturas misteriosas y terribles.

Cuando intentaba correr de nuevo, tirando de Cheryl con energía, y dispuesto a abrirse paso a tiros, un haz de luz brotó súbitamente del fosforescente fuselaje de la inmovilizada nave.

Ese rayo luminoso envolvió por completo a la joven pareja, bañándole en su resplandeciente claridad azul.

Archie Masón y Cheryl Bridges quedaron de inmediato paralizados, como convertidos en dos estatuas. Los niños, sonrientes, se movieron hacia aquellas repentinas figuras inmóviles. Archie y Cheryl habían dejado de sentir y de pensar.

Estaban totalmente a merced de sus adversarios. De sus extraños, pequeños y despiadados adversarios.

CAPÍTULO VII

El lugar era pura, auténtica desolación.

Las patrullas policiales cercaban la zona por doquier, impidiendo el acceso de curiosos al lugar. Todo el valle aparecía acordonado por agentes uniformados y vallas prohibiendo el paso. Las luces de los coches patrulla giraban insistentemente, en un juego parpadeante de rojos y azules.

Un helicóptero sobrevoló la zona de madrugada. Era un vehículo militar y de él descendieron tres hombres de uniforme castrense y alta graduación, que se encaminaron, acompañados por agentes de las patrullas allí situadas, hasta el punto mismo donde aún yacían los cuerpos sin vida del sheriff Brady, de sus dos ayudantes y de varios ciudadanos espontáneamente unidos a las fuerzas policiales. Todos ellos víctimas de horribles quemaduras o destrozados contra las piedras por la violencia de la caída.

Un oficial de patrulleros acompañó a los tres militares, cuyos comandos color caqui agitaba el aire frío de la madrugada. Los faros de los coches policiales iluminaban siniestramente el lugar.

—Es horrible —comentó el de más alta graduación, contemplando la masacre y el suelo removido, en cañaveral convertido en despojos tronchados y tierra agita da

—. ¿Se sabe qué es lo que pudo causar todo este caos

sangriento?

—Sí, general —asintió el policía con tono grave—. Algunos han sobrevivido, debido a la distancia que se ñauaban del punto del suceso, aunque muchos sufren diversas lesiones oculares y quemaduras en su piel. Todos coinciden en afirmar que un OVNI brotó de ese fondo, en medio de un resplandor que abrasaba, y se detuvo suspendido sobre el cañaveral. Luego, se elevó, desapareciendo en el cielo sin dejar rastro. Tenemos varios informes de gente de la comarca que ha denunciado la visión de un OVNI en el cielo de Kentucky, señor, en estas últimas horas.

—¿Y la muerte de toda esa gente? —terció otro de los militares, con insignias de coronel del ejército de los Estados Unidos.

—Al parecer, una especie de turbulencia de energía brotaba de la nave al despegar del fondo de la cañada, donde sin duda permanecía oculta anteriormente. Esa misma energía alcanzó a los más próximos, despidiéndolos con violencia a bastante distancia y causándoles lesiones mortales contra las rocas, señor.

—¿Qué vinieron a buscar aquí esa gente y el sheriff? —se interesó el general—. Tuvo que ocurrir algo para que iniciaran esta expedición armados...

—Verá, señor —el policía se rascó la nuca, perplejo—. Me han dicho en Lake City que ayer murieron dos niños desangrados, horriblemente mordidos en el cuello, y que recientemente un hombre se quedó ciego al surgir un resplandor en este valle. Estaban sucediendo cosas extrañas y decidieron investigar. Al parecer sospechaban que unos extraterrestres se alojaban secretamente aquí.

—Y los hechos parecen haberles dado tristemente la razón —apoyó el coronel, removiendo la tierra con su bota—. Todo está calcinado en un área bastante amplia, general. Es evidente que algo muy poderoso estuvo aquí hasta ahora, fuese extraterrestre o no.

—También se ha detectado la desaparición de dos personas, señor —explicó el policía, pensativo.

—¿Dos personas? ¿Desaparecidas? —indagó rápido el general—. ¿Quiénes son?

—Un escritor que pasa aquí sus vacaciones, Archibald Masón, y una maestra de escuela, una joven muy atractiva llamada Cheryl Bridges..., que por cierto encontró en las dos ocasiones los cadáveres

de los niños desangrados.

—¿Alguna posibilidad de que ellos dos fuesen… extraterrestres, oficial? —indagó ceñudo el general.

—Cielos, no creo, señor. Todo el mundo aquí les conocía. Al parecer, la señorita Bridges sospechaba de unos alumnos suyos, demasiado desarrollados mentalmente para ser normales. Eso es lo que nos ha referido el panadero, Dustin Miller, padre de uno de los críos asesinados. En su presencia hablaron de todo eso anoche, y esa joven maestra aseguró que los niños podían ser… *extraños,* alienígenas, ¿comprende, señor?

—Una teoría fantástica, ¿no, oficial? —dudó el militar, cada vez más perplejo.

—Es lo que pensé yo, señor. Pero el señor Miller añadió que el señor Masón, el escritor, había vuelto con una herida en la cabeza, procedente de este valle, y afirmaba haber matado a un hombre que luego se disolvió convertido en ceniza..

—Dios mío, si cuento todo eso en Washington me encierran por loco —jadeó el militar, apurado—. De todos modos, hágame un informe completo, oficial, para que urgentemente lleve los datos al Pentágono y a la Casa Blanca, por si esto tiene mayor trascendencia de lo que imaginamos.

—Sí, señor —afirmó gravemente el policía—. Yo me he permitido ya informar al gobernador del Estado, solicitando la ayuda de la Guardia Nacional, que acudirá en breve a Lake City.

—Tal vez haga bien, tal vez no. No conviene que esto levante demasiada polvareda aún. Hay que evitar el pánico, oficial. De todos modos, mantenga acordonada la zona y no dejen aproximar a nadie a ella.

—Así lo pensaba hacer, señor. ¿Qué hacemos con los granjeros del valle? Todos ellos están algo… raros. Yo diría que la presencia del platillo o lo que fuese, en su vecindad, así como la de granjeros que no eran tales, sino extraterrestres acaso, les ha alterado un poco su vida normal. Se les nota distantes, fríos, rígidos, como incómodos y desconfiados de todo y de todos. Yo diría que, en cierto modo, están *muy asustados,* general. Y si saben de qué tienen miedo… se niegan a confesarlo.

—Es una situación peliaguda, la verdad —se lamentó el general,

frotándose las manos por el frío reinante, antes de ponerse de nuevo sus guantes—. Veamos todo esto, mientras usted redacta su informe. ¿Tiene la cámara a punto, mayor?

—Sí, señor —afirmó el tercer miembro del grupo castrense, extrayendo una Polaroid y varias cargas de placas—. Todo está a punto.

—Bien, vamos entonces. Aunque no espero que esas fotografías nos revelen demasiadas cosas, la verdad —y había un profundo escepticismo en su tono.

Fue un amargo despertar.

Amargo y lleno de incertidumbres y temores. Pero cuando menos fue un despertar. Y eso quería decir que,

pese a todo, aun continuaban con vida, rasen dónde se encontraban exactamente.

Archie Masón abrió los ojos con lentitud. Cosa extraña, no notó torpeza ni dolor alguno. Despertaba tan brusca como lúcidamente. De inmediato lo recordó todo. Y dirigió una alarmada mirada en torno suyo.

—Cheryl... —murmuró con evidente alivio—. Dios sea loado. ¿Está usted bien?

Ella asintió. Estaba sentada frente a él, en otra butaca similar a la suya, de líneas simples pero confortables. El material de que estaban hechos los asientos era de color blanco y naturaleza esponjosa.

—Acabo de despertar —confesó la joven, con un parpadeo. Movió sus brazos y manos sin dificultad, aunque no se puso todavía en pie—. ¿Recuerda usted lo mismo que recuerdo yo?

—Me temo que sí —afirmó Archie, frunciendo el ceño.

—Si es así, estamos... prisioneros. —Eso es. Prisioneros de alguien bastante preocupante, ¿no cree?

—Pero no nos han puesto ligaduras. Podemos movernos...

—Tal vez sea una de las pocas cosas que podamos hacer. —Archie miró en torno suyo con tanto interés—. No se ven aberturas

aquí. Ni puertas ni ventanas.

—Por algún lado tuvieron que introducirnos, sin embargo. Tal vez sean puertas invisibles, disimuladas en los muros.

—Sí, tal vez. Sospecho que estamos dentro de aquella nave, Cheryl.

—¿El... el platillo luminoso que emergía del suelo? —se estremeció ella.

—Es lo más lógico, ¿no? Este lugar no parece pertenecer al mundo que nosotros conocemos.

Se incorporó en ese punto y comenzó a tantear los muros con sus manos. Como por arte de magia, al tocar en cierta zona, hubo un deslizamiento silencioso del panel, y se abrió una puerta. Archie dio un respingo hacia atrás, vacilante. La puerta se volvió a cerrar con igual suavidad. Ambos jóvenes cambiaron una mirada.

—Se lo dije —suspiró ella—. Puertas invisibles.

—Y se accionan por simple contacto, al parecer... —Archie repitió el paso de su mano por el muro. La puerta se volvió a abrir. Asomó al exterior—. No hay nadie en el corredor. También parece, a lo que veo, que podemos movernos con cierta libertad aquí dentro. ¿Qué hacemos?

—Explorar, supongo —Cheryl se mostró animosa, pese a las circunstancias—. Después de todo, si nos está permitido movernos por aquí, eso no va a empeorar nuestra situación, Archie.

—Bien, vamos allá —antes de salir, tomando a Cheryl de una mano, tanteó sus bolsillos. Lanzó un suspiro—. No sólo me han despojado del revólver. No llevo nada metálico encima. Ni mi encendedor, ni las llaves, ni tan siquiera mi reloj. ¿Por qué lo habrán hecho? En cambio conservo la billetera, el dinero, excepto monedas...

—Quizá los metales no vayan bien aquí dentro, o teman algo de ellos —apuntó Cheryl, intrigada—. Bien, veamos dónde estamos realmente...

Pisaron el corredor. Era curvado, como adoptando una forma circular. Sólo era visible hasta el curvo recodo cercano. Sus paneles eran luminosos, sin necesidad de otras lámparas ni luces. Muros y techo despedían una tonalidad azul suave, nada molesta a los ojos. Se

movieron corredor adelante, sin rumbo fijo, porque ignoraban totalmente dónde estaban ni adonde dirigirse.

Recorrieron un trecho por aquel conducto silencioso y vacío. Nada parecía inquietante en lo que iban visitando, pero tampoco acogedor. Era recorrer un frío mundo sin formas ni calor humano.

Un panel cerraba, en cierto momento, su paso adelante. Allí terminaba el pasillo. Archie probó fortuna basándose en la experiencia anterior. Puso sus manos apoyadas en ese muro. De inmediato, el panel se deslizó, abriéndoles paso a otro lugar.

Esta vez sí había alguien allí, esperándoles.

—Bien, amigos —saludó con voz fría e inexpresiva—. Veo que ya saben moverse por aquí perfectamente. Celebro que no estén asustados.

Archie y Cheryl clavaron sus ojos en quien les dirigía la palabra, dominando su inevitable sobresalto.

Pero era un ser humano, normal y corriente, quien les estaba dirigiendo la palabra en estos momentos. No había en él nada de terrorífico ni la menor apariencia de extraterrestre.

Y, sin embargo, el instinto le dijo a Archie Masón que, pese a todo, no era humano.

* * *

—¿Quién es usted?

La pregunta la hizo, algo desabridamente, el propio Archie. Había un cierto tono de agresividad en ella. Pero el interlocutor de ambos no pareció inmutarse. Se limitó a encogerse de hombros, sonreír suavemente y responder con calma:

—Puedes llamarme doctor Wax. Es mi nombre.

—¿Doctor? ¿En Medicina? —trató de puntualizar Cheryl.

—Digamos que en varias cosas —se mostró ambiguo

el personaje—. Medicina entre otras, ciertamente, señorita Bridges.

—Sabe muy bien mi nombre, a lo que veo —declaró ella, seca.

—Sé muchas cosas de ustedes. Pero de usted especialmente, señorita. A fin de cuentas, ha sido maestra de los niños durante algún tiempo, ¿no?

—¿A qué niños se refiere? ¿A Lem y los demás? —replicó Cheryl, tajante.

—En efecto —el hombre inclinó, cortés, la cabeza—. La tomaron aprecio, ¿sabe?

Cheryl miró con asombro al hombre. Pese a que no era nada extraño en apariencia, vestía una especie de traje completo, como un mono, de color intensamente blanco, ceñido a su cuello y puños. Calzaba suaves y blandos zapatos, de color blanco también. Tenía cabellos canosos, piel cetrina y ojos azules. Todo muy normal.

—Extraña forma de demostrarme su aprecio —replicó la maestra —. Nos obligaron a subir aquí, sin duda. Nos impidieron escapar. Creo que nos paralizaron.

—Eso es lo que ocurrió —sonrió el doctor Wax—. Les paralizaron. Si no hubieran sentido afecto por usted, la hubieran matado. Y también a su amigo.

—¿Desangrándome como a los otros niños? —acusó fríamente Cheryl.

—Ese fue un desagradable y repetido incidente que espero no se repita —se lamentó profundamente el hombre.

—Un incidente que costó dos vidas inocentes, doctor —le acusó a su vez Archie—. ¿Y qué me dice de la gente de la cañada? Al menos vi morir a cuatro o cinco de ellos antes de ser paralizado por..., por esas criaturas del infierno.

—No se excite, señor Masón —trató de calmarle el doctor Wax —. Esa gente murió por su propia torpeza.

Nos atacaron sin mediar provocación nuestra. La propia energía que desprende la nave al despegar, les abatió fatalmente. Nadie pudo evitarlo. Otros llevaban gafas insuficientes y se abrasaron los ojos,

cegando. No fue culpa nuestra.

—De modo que usted… es uno de «ellos», doctor —silabeó Archie.

—En efecto. No es ningún misterio. Lo soy.

—Y estamos a bordo de un OVNI, de su… «nave», como usted dice.

—Así es.

—¿Por qué? Es un secuestro. Nos llevan contra nuestra voluntad. ¿Adónde se dirigen ahora?

—Usted no entendería eso, señor Masón. A ningún lugar conocido por el Hombre, la verdad.

—Pero usted mismo es., o *parece,* un hombre. ¿Es sólo apariencia, mutación física para no mostrarse en su verdadero aspecto?

—Mi querido señor Masón, usted deforma las cosas —rió suavemente el doctor—. No somos mutantes. Ni tenemos aspecto horrible. Somos humanos, humanoides como ustedes, aunque infinitamente más desarrollados, mental y psíquicamente. Nuestra civilización es muy superior a la suya. Pero le aseguro que no por eso íbamos a ser diferentes en lo físico. Hay muchas razas humanas dispersas por el universo. Contra lo que piensan sus científicos, no es tan fácil hallar formas de vida distintas a la nuestra, y dotadas de inteligencia. Esas historias de monstruos inteligentes son sólo: historias. Tal vez procedamos de un mismo origen todos, que se pierde en la noche de los tiempos. Pero tranquilícese. Sea como sea, somos iguales en lo físico. No está entre horribles criaturas de tentáculos y de piel verde, si es eso lo que temía.

—De todos modos, unos seres tan civilizados no deberían matar niños, desangrándolos —acusó de nuevo Archie con voz seca.

El doctor Wax pareció molesto, irritado, por vez primera desde que lo veían. Se irguió, expresándose con alguna acritud:

—Le dije antes que fue un penoso incidente que no se repetirá. A su tiempo sabrá usted lo que sucedió abajo, en la Tierra.

—Abajo, en la Tierra… —repitió Cheryl, angustiada—. No

quiero ir a su mundo, doctor Wax. ¡Si es tan civilizado como pregona, exijo que respete nuestra voluntad de regresar a nuestro mundo!

—Tranquilícese, señorita Bridges —Wax volvió a mostrarse suave otra vez, casi exquisito en su cortesía para con Cheryl—. No pretendemos quedarnos con ustedes, retenerles por tiempo indefinido ni, tan siquiera, obligarles a que viajen a nuestro mundo. Tiene mi palabra de que ésta será sólo una retención breve, una obligada estancia en nuestra nave, que procuraré sea lo más corta posible, aunque eso sí, viéndome obligado a pedirles que acepten la situación de buen grado para evitar más problemas.

—¿Por qué nos retienen aquí? ¿Por qué nos trajeron? —insistió Archie, tajante.

—Señor Masón, pregunta muchas cosas. Pero tiene motivos para ello. Le voy a responder: les necesitamos. Les necesitamos a ustedes dos imperiosamente.

—¿Por qué motivo? »

—Porque en ustedes está, si no me equivoco, la clave de nuestra vida... o de nuestra muerte.

* * *

La mesa era oval y estaba bien servida. Ahora, el doctor Wax no estaba solo, sino flanqueado por seis hombres vestidos de blanco como él, con distintivos diversos en sus uniformes. Los había de diversa edad, pero predominaba la madurez en todos ellos. Uno era calvo, de cráneo totalmente pelado y brillante. Le habían presentado como el profesor Gaar, simplemente.

Las viandas resultaban de buen sabor, predominando en el menú verduras diversas y frutas. Alimentos que no procedían evidentemente de la Tierra, hidratados a borde antes de ser servidos. Pero tenían cierta semejanza con los productos del suelo terrestre, pensó Archie Masón, saboreándolos. El vino carecía de alcohol, pero era suave y digestivo.

Su primera comida a bordo de la misteriosa nave. A los postres, el doctor Wax había prometido explicarles varias cosas. Entre ellas, la

causa de su estancia a bordo de la nave. Y la explicación a su misteriosa alusión a que en ambos pudiera estar la diferencia entre su vida o su muerte.

—No he visto aún a ninguno de... de los niños —señaló repentinamente Cheryl.

Los siete hombres se miraron entre sí, algo incómodos. Era evidente que el tema no era de su agrado.

—Oh, sí, los niños... —suspiró Wax, evasivo—. Hablaremos luego de ellos. Creo que ahora merecen ustedes dos una explicación para justificar de„ algún modo su... digamos secuestro.

—Estamos esperando esa posible justificación, si es que la tiene —manifestó secamente Archie.

Wax le miró en silencio, y sin hacer comentario alguno, comenzó a hablar con tono reposado y tranquilo:

—Señor Masón, somos una raza civilizada e inteligente como le dije. Nuestro nivel científico y tecnológico es muy alto. Pero estamos en plena decadencia me temo

—Nosotros tampoco podemos presumir mucho en ese sentido —apuntó Cheryl con ironía.

—Nuestra decadencia es brutal e inexorable —prosiguió el doctor Wax con cierta amargura—. Y no es de tipo moral, sino físico. Estamos enfermando rápidamente. Son dolencias degenerativas, hereditarias, que aumentan su intensidad con cada generación. Hemos pensado que en la Tierra podía estar la solución a nuestros males.

—¿Piensan invadirla y colonizarnos, para salvarse ustedes?

—Dios mío, no —rechazó Wax, entre ofendido y burlón, mientras sus seis compañeros sonreían indulgentemente—. No sea xenófobo, señor Masón. Eso no .haría honor a su inteligencia. Sólo los estúpidos ven en nosotros a enemigos capaces de invadir su planeta. Nos conformamos con sobrevivir dignamente en el nuestro. Esta fue una visita forzada que hicimos a su mundo, por causa de una avería grave en nuestros sistemas de propulsión. Buscábamos soluciones a nuestro mal en otros mundos, y casualmente fuimos a dar con el planeta Tierra. Y ahí creemos que puede estar la solución: en ustedes, los humanos terrestres.

—¿En nosotros? —repitió Cheryl—. ¿Pretenden usarnos de cobayas acaso?

—El término es erróneo y se presta a equívocos, señorita Bridges. En el mejor sentido de la palabra, ustedes dos podrían ser nuestros «cobayas», como usted dice, durante unas, breves fechas. Pero no para sufrir experimentos en su carne, sino para permitirnos analizar sus tejidos y, sobre todo, su sangre.

—¡Nuestra sangre! —saltó Archie, receloso—. Eso no me gusta, doctor. Ya sucedió algo, relacionado con la sangre humana. Y no fue precisamente bueno...

—Sé a lo que se refiere: el incidente de los niños, lo sé. Eso no tiene nada que ver con lo que ahora le digo. Nos bastará con una simple muestra de su sangre. Poco más o menos la que prestan ustedes en su mundo para un vulgar análisis. Eso será todo.

—Permítame que lo dude. No me gusta que me extraigan sangre —cortó Archie—. No ustedes, la verdad.

—Tiene mi palabra de que será sólo una muestra. Cultivaremos la muestra de hombre y mujer para estudiar la posibilidad de producir hemoglobina artificial idéntica a su sangre, si ella resulta la clave de todo. Me temo que sea nuestra sangre la que está sufriendo los efectos de una degeneración progresiva y veloz, acaso motivada por un virus o bacteria de naturaleza desconocida, que ni nuestros avanzados métodos de investigación logran descubrir. Hay algo, una diferencia sutil, pero cierta entre la sangre de nosotros y de ustedes. En esa diferencia, puede estar la razón de nuestro mal incurable.

—¿Y en qué consiste ese mal, doctor Wax? —quiso saber Cheryl, curiosamente.

El la miró fija, gravemente. E informó despacio:

— *Vejez,* señorita Bridges. Vejez acelerada. En sólo unos años, envejecemos terriblemente. Todos nosotros, los que aquí ve, *no tenemos más de veinte años.*

—Dios mío... —ella cambió una mirada de horror con Archie Masón.

—Y, lo que es peor, la dolencia avanza a velocidad de vértigo. Los niños, señorita Bridges, esas criaturas que usted alojó en su clase durante unos días... *sólo tienen unos meses...* Ninguno ha cumplido aún

UN AÑO de vida.

—Oh, no... —se estremeció la joven maestra, de asombro en asombro.

—Y lo que es peor, la vejez degenerativa de nuestra especie no es sólo física, sino mental. Por eso los niños saben ya tanto como cualquiera de nosotros... Pero también se presenta ya, a su escasa edad, una latente

demencia senil que trastorna sus infantiles cerebros y los hace sumamente peligrosos. Lem le ha tomado cariño especialmente, y eso la ha salvado a usted y a su amigo, el señor Masón, de morir en forma horrible. Porque la terrible realidad con la que nos enfrentamos, y que explicará ese doble crimen que tanto le obsesiona a usted, señor Masón, es que esos niños se nos han vuelto incontrolables... y son un peligro mortal para todos, incluso para nosotros. Porque ellos sí quieren volver a la Tierra, quieren quedarse en ella. Y..., y combatir su dolencia del único modo que su locura senil les hace imaginar como posible: ¡SUCCIONANDO LA SANGRE DE LOS SERES HUMANOS!

En ese preciso instante, una luz roja comenzó a parpadear rápidamente en los muros, y un sonido sibilante ululó de forma desagradable dentro del blanco, aséptico recinto del comedor.

Todos se pusieron en pie de un salto, mirándose alarmados. El hombre de cráneo rapado, el profesor Gaar, habló con voz ronca, jadeante, perdida por completo la calma:

—¡Cielos, la alerta roja! Son ellos... los niños...

—¿Qué sucede con los niños ahora, profesor Gaar? —demandó Cheryl, asustada.

Los ojos claros y profundos del profesor se fijaron en ella. Su respuesta heló la sangre en las venas a ambos jóvenes:

—Los tenemos sometidos, prisioneros, para evitar nuevos problemas, señorita Bridges. Son un peligro terrible, ya lo sabe. Pues bien, esa alarma indica que se han liberado, que algo sucede a bordo de la nave... y los niños podrían llegar a convertirse en amos y señores de este vehículo. En cuyo caso, no sólo ustedes dos estarían inevitablemente sentenciados a morir como aquellos dos niños de su planeta, sino que toda la humanidad de la Tierra peligraría... porque ellos volverían allí para nutrirse de sangre humana...

CAPÍTULO VIII

La alarma roja funcionaba en toda la nave. Por los corredores, hombres de blanco uniforme corrían, armados de extraños tubos de material brillante, en todas direcciones. Un clima de pánico reinaba ostensiblemente a bordo.

Conducidos por el doctor Wax y el profesor Gaar, los dos jóvenes prisioneros fueron conducidos a una cámara diferente a aquella en que recobraran el conocimiento.

—Aquí estarán relativamente seguros si las cosas se ponen feas —indicó el doctor Wax—. Espero que podamos controlar a esos niños, pero cada día que transcurre se hace más difícil manejarlos. En cuanto quede dominada la situación volveremos aquí. Y les agradecería encarecidamente que nos prestaran esas muestras de sangre para su examen inmediato. Cuanto antes obtengamos el antídoto contra la

vejez prematura de nuestra raza, antes habremos neutralizado la amenaza que suponen esos niños. Inicialmente se conformaron con huir de la nave y meterse entre los demás chiquillos de la Tierra para disfrutar de unos días de colegio con cualquier niño de su mundo. Pero ahora ya no les basta con esos juegos. La demencia senil ha hecho su aparición en ellos, y empiezan a constituir una amenaza para todos —¿Por qué traían niños en su nave? —quiso saber Archie—. No es una tripulación adecuada para una nave espacial, doctor Wax...

Wax le miró tristemente y meneó la cabeza.

—Mi querido señor Masón, esos niños no salieron de nuestro planeta. Nacieron aquí. Nuestro viaje interestelar es tan largo que muchos tripulantes viajan con sus esposas, astronautas como ellos. Formamos un pequeño pueblo, una comunidad en ruta de galaxia a galaxia... Y aquí nacen niños, forzosamente. Esos niños dados a luz en nuestro viaje de décadas, son los que ustedes conocen: Lem, Reb, Ken y los demás.

—¿Cuántos niños hay en estos momentos a bordo, doctor? —se inquietó ella.

—Muchos más de los que sería conveniente —manifestó el doctor con pesimismo—. Pero Lem y Reb son sus cabecillas en todo momento... Mientras Lem no sufre más agudamente su incipiente demencia senil, ustedes estarán a salvo aun en el peor de los casos por la simpatía que antes le mencioné que le había tomado. Pero si su locura de viejo prematuro desquicia su mente... todo puede ocurrir. Lo siento, debo irme ya. Volveré para informarles de lo que sucede...

Abandonó la estancia, seguido del profesor Gaar, y el panel se cerró tras ellos. La luz roja seguía parpadeando en un muro. La alerta roja seguía en pie.

Cheryl y Archie se miraron, preocupados.

—Dios mío, ¿qué va a ocurrir, Archie? —murmuró ella, asustada.

—No lo sé. Pero no me gusta esto —manifestó Masón gravemente—. Esos niños son un peligro terrible para todos. Basta recordar lo que hicieron en Lake City.

—Qué espantosa historia la de esta pobre gente... —Yo no les compadecería demasiado. Son una raza que se creyó superior a todas. Demasiado orgullosos y convencidos de su poder. Cuando enferman de

esa locura senil provocada por su rápido envejecimiento, se convierten en peligrosos y agresivos. Aún recuerdo al individuo que disparó sobre mí —se tocó Archie la tira adhesiva de su frente, de modo significativo —. Me hubiera matado sin vacilar. Y cuando el platillo abandonó el suelo para remontar el vuelo, no vacilaron en provocar la muerte del pobre Brady y los demás. No, Cheryl. No son tan dignos de compasión en el fondo. Aunque por sí mismos no sean crueles, su dolencia mental les hace serlo en ocasiones. Y toda raza que sufre un proceso degenerativo tan fulminante, es porque durante siglos ha dado motivo para ello.

—Aun así, Dios quiera que puedan dominar la situación.

—Oh, por supuesto. Ellos, al menos, llegaron a adultos antes de envejecer. Esos niños, sin embargo, me causan terror. Son simples criaturas y poseen toda la vejez, la maldad y la perversión demencial de unos viejos locos. Su idea enloquecida de creer que la sangre humana les puede regenerar, es digna de una condesa de Bathory o de un Drácula, pero no de unos niños que representan nueve años y tienen sólo meses de vida —meneó la cabeza, con un escalofrío—. Cheryl, me da horror todo esto. Es algo que no podemos controlar ni evitar. Me siento impotente, vencido...

La luz roja se apagó en ese momento. Cheryl respiró hondo, clavando sus ojos en el muro, ya sin parpadeo escarlata. También la sirena había cesado de aullar.

—Ya está —murmuró—. La alarma ha cesado, Archie.

—Sí. Esperemos que eso sea una buena señal.

Transcurrieron unos minutos de total silencio y calma. No se oían voces ni sonidos a bordo de la misteriosa nave en vuelo hacia lo desconocido. Archie Mason tomó en las suyas las manos de Cheryl. Temblaban ligeramente y estaban heladas.

—Calma —la alentó—. Pronto saldremos de dudas, imagino.

De inmediato, el panel de la pared se deslizó en silencio. Ambos dirigieron hacia allí una mirada impaciente y preocupada.

Pronto respiraron con profundo alivio. Era el doctor Wax quien aparecía en la puerta, con su gesto habitualmente impenetrable, erguido y tranquilo en apariencia.

—Menos mal —jadeó Archie—. ¿Todo resuelto, doctor?

Wax les miró fijamente. Abrió la boca.

—Yo, amigos..., lo... lo siento... —murmuró.

Luego, de sus labios fluyó algo, un líquido rosado, demasiado pálido para ser sangre humana. Pero lo era. Sangre de una raza en decadencia total. Vomitó esa sangre lívida... y se desplomó de bruces, pesadamente.

Se quedó inmóvil, en el umbral de la entrada, boca abajo. Su espalda aparecía desgarrada, su blanco uniforme roto y abrasado. La sangre rosada empapaba todas sus ropas.

Detrás, malignos, extraños, amenazadores y fríos, emergieron unos seres inquietantes, de aterradora sonrisa y de mirada ingenua y terrible a la vez.

Eran ellos.

Los Niños.

—¡Oh, no, no, .Dios mío, eso no! El grito agudo salió de labios de Cheryl cuajado de horror. Se aferró a Archie violentamente, se abrazó a él, desesperada, como buscando una protección contra la pavorosa, tremenda realidad.

El pasillo aparecía lleno de niños. Niños que le eran desconocidos. Niños de rostro ingenuo y dulce mirada, pero que sonreían de un modo siniestro y amenazador, como pequeños y terribles viejos dementes. Lo que eran en el fondo. Un brillo raro en sus ojos infantiles, así como un halo opaco en sus pupilas, descubría su senil locura actual.

Les miraban con avidez, casi golosamente. Era fácil advertir en ellos su sed de sangre, su afán de combatir aquella degeneración física y mental con el rojo líquido vital que corría por las venas de los dos terrestres cautivos.

—Han vencido ellos... —murmuró Archie Masón muy pálido, sujetando, con firmeza a Cheryl contra su pecho—. Han vencido los niños... Estamos perdidos, Cheryl.

Uno de los niños dio unos pasos hacia ellos. Aparentaba no tener más de siete años. Se expresó como un adulto maduro, con implacable firmeza:

—Hemos vencido a nuestros guardianes. Ahora la nave es nuestra al fin. Ya no somos niños. Podemos valemos por nosotros mismos y salvar a nuestro pueblo. En vuestro mundo está la solución.

—¿Qué..., qué solución? —demandó Archie con voz ronca, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Sangre —sonrió el pequeño monstruo—. Sangre humana... como la vuestra.

Cheryl tembló, convulsa. Masón la trató de confortar con una férrea presión de sus manos.

—Solamente somos dos —dijo, sonriendo algo forzado—. No os serviría de mucho nuestra sangre, aunque esa teoría vuestra fuese cierta. Que no lo es.

—No estás en situación de discutir —le replicó el niño malignamente. Se echó a reír, provocando un escalofrío a ambos jóvenes—. Lem descubrió que la sangre podía salvarnos. Lem es nuestro jefe. Lem mismo, y luego Reb, probaron la sangre humana en la Tierra. y resultó. Se sienten mejor, más jóvenes...

—Pura ilusión. Sugestión y nada más —objetó Masón con firmeza—. Vuestro proceso degenerativo es imparable. Sois una raza enferma, sentenciada a morir pronto sin remedio. Ninguna sangre os podrá cambiar ya.

—Lem no quería autorizarnos a tomar vuestra sangre —siguió imperturbable el niño—. Pero al final ha transigido. Debemos sortear entre nosotros quiénes serán los dos afortunados que puedan tomarla. Hasta entonces seguiréis con vida. Lem está dando instrucciones para regresar a la Tierra de inmediato. Allí habrá suficiente para todos nosotros...

Sonrió, saliendo de la cámara. Los demás niños arrastraron el cuerpo sin vida del doctor Wax. La puerta se cerró suavemente.

Volvían a estar solos. Pero ahora sí eran prisioneros. Y prisioneros condenados a muerte. A una horrible forma de muerte, degollados por una mordedura infantil que extraería de sus venas hasta la última gota de sangre. La más terrible y alucinante forma de vampirismo jamás imaginada.

—Toda la humanidad peligra —jadeó Archie—. Si estas malditas criaturas llegadas del vacío exterior, de una remota galaxia, se posan

sobre la Tierra, nadie sobrevivirá a su glotonería de sangre. Cada vez querrán más y más al advertir que no surte efecto. Se dispersarán por todo el mundo en busca de víctimas... Y no podemos hacer nada por prevenir a nuestros semejantes, por advertirles de lo que les amenaza.

—Ni siquiera podemos salvarnos nosotros, Archie —se quejó ella—. Ahora sí que está todo perdido...

Se miraron. Seguían muy juntos, abrazado el uno al otro. Tenían los rostros muy cerca, el aliento de uno rozaba los labios del otro...

No supieron cómo sucedía. Se encontraron de pronto con sus bocas unidas, sus labios adheridos, sus cuerpos abrazados, palpitantes, temblorosos de algo más que simple miedo.

—Cheryl, querida... —susurró Archie—. Te amo.

—Oh, Archie... Yo también. Y darnos cuenta ahora de eso... Precisamente ahora...

—Creo que es preferible saberlo antes de morir. Eso aliviará el final. Nos iremos juntos, unidos hasta más allá de la muerte, Cheryl.

—Pero yo quiero vivir, Archie. Y más ahora, cuando podríamos ser felices tú y yo...

—Yo también, cariño. Pero no sé cómo...

Se volvieron a besar. Sus corazones palpitaban con fuerza. Su sangre, aquella sangre que pronto iba a pasar a otros cuerpos malignos, bullía en sus arterias.

—Podríamos terminar ahora con nuestras vidas —musitó ella—. Burlar a esos monstruos...

—¿Suicidio? —Archie meneó la cabeza negativamente—. Sí, sería una forma de burlarles. Pero nos perderíamos el placer de ver su gesto de ir al descubrir un par de cuerpos con la sangre congelada por la muerte. Prefiero intentar algo, luchar, vender caras mi vida y la tuya...

—No hay esperanza, Archie.

—Lo sé. Pero aun así lucharé. Ahora tengo un motivo más importante que mi propia vida por lo que luchar. Tú eres ese motivo, Cheryl.

—Archie, vida mía... —se emocionó ella, abrazándose al hombre por quien sentía algo capaz de hacerla perder incluso su miedo a la muerte.

Hubo un roce fuera. La puerta comenzó a abrirse de nuevo, muy lentamente. Archie y ella se volvieron. Lem apareció en el umbral, seguido por un grupo nutrido de niños como él, en cuyos rostros comenzaban a advertirse ya señales de una extraña vejez anticipada. Su piel aparecía con delgadas arrugas, sus cuerpecitos se movían con cierta torpeza. Sin embargo, Lem seguía siendo un niño rubio y risueño, pese a las huellas de envejecimiento de su rostro.

—Es la hora —anunció con su vocecilla serena—. Se ha sorteado. Zek y otro chico son los que beberán vuestra sangre.

—Lem, no puedes hacernos esto —se quejó patéticamente Cheryl—. Me tenías afecto, simpatía...

—Y se lo sigo teniendo, señorita Bridges —manifestó el pequeño con su más angelical sonrisa—. Pero no puedo hacer nada. Mis amigos necesitan detener su vejez, su degradación constante. Será poco doloroso, se lo aseguro.

—Estás mintiendo, Lem —acusó rotundo Archie, plantándose ante él—. No sirve de nada nuestra sangre ni la de ningún otro. Tú sigues envejeciendo, aunque lo quieras negar a ti mismo.

—Eso no es cierto —replicó Lem, furioso, borrándose su sonrisa del rostro—. ¡Yo he detenido mi proceso senil! ¡He vuelto a ser niño!

—Eso es falso. Puedo ver tu rostro surcado de arrugas que irán aumentando en cantidad y en profundidad por momentos. Puedo ver tus ojos rodeados por el halo de la demencia senil que carcome vuestros pobres cerebros... Vais a succionar nuestra sangre, sí, pero será tan inútil como beberos un vaso de agua. ¡Estáis condenados a morir de viejos a bordo de esta nave, viajando por el vacío sin esperanza ni remedio alguno! El mal está en vosotros, en vuestros tejidos, en vuestros cerebros, en vuestra naturaleza toda, y nada ni nadie puede ya extirparlo, Lem.

—Ya basta —cortó el rubio con terrible expresión—. Zek, Halk... Venid. Son vuestros. Adiós, señorita Bridges. Lo lamento de veras. No puedo hacer otra cosa...

El conocido Zek, uno de los cinco alumnos de Cheryl, y un desconocido, Halk, de cabeza desarrollada, piel translúcida y rostro

deforme por la vejez prematura, se despegaron del grupo nutrido de criaturas amenazadoras del corredor, con ojos centelleantes de placer, la mirada fija en las gargantas de Cheryl y de Archie.

Los demás esperaban, rodeando a la pareja sentenciada a tan horrible fin, prestos a impedir cualquier intento de resistencia por parte de ellos.

—Creo que esto es el fin, querido mío —gimió ella, demudada, aferrando desesperadamente los brazos de su compañero.

—Quizá —admitió sombríamente Archie Masón—. Pero no vamos a viajar solos hacia la eternidad, eso seguro.

—¿Qué puedes hacer?

—Llevarme por delante a cuantos monstruos de esa pandilla de niños infernales me sea posible —aseguró con firmeza Masón.

Y soltando bruscamente a su compañera, se precipitó sobre Lem.

Fue todo tan inesperado, que sorprendió incluso a la odiosa horda de niños reunida en torno de ellos.

Archie se había convertido de súbito en una especie de vertiginoso torbellino de furia y violencia. Su cuerpo ágil, musculoso y fuerte, habituado al ejercicio físico y al deporte, se enfrentó contra docenas, acaso centenares de niños prematuramente envejecidos, pero que por débiles que pudieran resultar, eran infinitamente superiores en número a él, a sus solas fuerzas.

Pero los brazos de Archie hicieron presa en el rubio Lem, despreciando a Zek y a Halk, a quienes se limitó a apartar de su paso con dos patadones brutales, que lanzaron los cuerpos de los niños contra la pared, donde se estrellaron con sordo crujido de huesos dañados.

Lem fue sujeto por las manos crispadas de Masón. Chilló, pateando con rabia, pero Archie le tenía bien aferrado, y le agitó en el aire con violencia, como el que sacude a un monigote, para después, sin piedad alguna, arrojar a aquella criatura que asesinara salvajemente a dos niños en la Tierra para proveerse de sangre él mismo y su amigo Reb, contra el otro muro.

Ocurrió algo horrible. Como si fuese un simple fruto maduro, la cabeza rubia del niño estalló al golpear la pared… y se abrió a

pedazos, quebradiza como una esfera de vidrio, dispersándose sus huesos, su masa encefálica reblandecida y una especie de sangre que sólo parecía agua coloreada débilmente.

Al caer el cuerpo de Lem, sus brazos y piernas se quebraron igual que si estuvieran hechas de cristal o de yeso. Cuando besó el suelo estaba muerto y carecía virtualmente de cabeza.

El horror invadió no sólo al propio Archie y a Cheryl, sino también a los niños, que retrocedieron, angustiados ante la presencia de aquella forma sin vida.

Antes de que pudieran reaccionar, Archie preguntó roncamente a Cheryl, mientras trataba de controlar sus emociones:

—Pronto, querida, ¿quién de todos estos pequeños monstruos es Reb?

—Aquél, el chico moreno de ojos grandes... —jadeó Cheryl, dominando difícilmente su pavor ante lo sucedido.

Archie se abrió paso entre la masa de sorprendidos niños, golpeando sin contemplaciones a cuantos se interponían en su camino. Y si bien los lanzaba con suma facilidad a uno y otro lado, como si fuesen peleles sin fuerza, ninguno sufrió el atroz daño mortal que Lem.

Reb, al verle venir, quiso escapar, pero no le fue posible. Masón le sujetó por el cuello, izándole violentamente por encima de las cabezas de los demás. En esta ocasión, ni siquiera le estrelló contra la pared. Probó fortuna dándole un simple golpe de puño contra el cráneo.

Fue todavía peor que la anterior ocasión. Reb se agitó en su brazo, mientras el puño de Archie penetraba fácilmente en aquella cabeza, igual que si fuese una pella de mantequilla, deshaciéndola, rompiendo en pedazos su bóveda craneal, dispersando huesos y cerebro en mil fragmentos, en medio de un torrente de agua rosada pálida, ni remotamente parecida a la sangre.

Archie soltó el cuerpo, cuya cabeza era ya una pulpa informe, gracias al simple impacto de su puño. Miró colérico, hecho una furia, a los demás niños que le rodeaban como una masa maligna y monstruosa.

—¡Ved a vuestros amigos Lem y Reb! —clamó—. ¡Ellos

succionaron toda la sangre de dos seres humanos en la Tierra! ¿Y de qué les valió? ¡De nada en absoluto! Es más, la sangre humana, al mezclarse con la suya, debió provocar el incremento del virus que os domina, y los convirtió en dos ancianos de huesos tan blandos como cristal y de sangre convertida en agua pura. De no haberlos matado yo, hubiesen vivido solamente unas horas, habéis podido advertirlo. Vosotros aún podéis soportar un puñetazo, un golpe fuerte, aunque os cause graves daños por vuestra triste e irremediable vejez. Pero si nuestra sangre os va a proporcionar ese gran bien, como a Lem y a Reb… ¡adelante, muchachos! Vaciadnos, y que el diablo os lleve a todos.

Zek y Halk, que se recuperaban lentamente de sus golpes, miraron con horror los cuerpos descabezados de Lem y de Reb. Luego, instintivamente, se apartaron de Archie y de Cheryl, como si fueran apestados.

—Es cierto —sonó la voz calmosa y fría de Satt—. Mis compañeros Lem y Zeb fueron los únicos en tomar sangre humana. Y están virtualmente deshechos, convertidos en algo tan quebradizo como un vidrio… La sangre de los terrestres no es el remedio para nuestra raza. Eso es evidente…

Reinó un dramático silencio en el lugar. Los niños ancianos, demudados, se miraban unos a otros, perdían toda esperanza, toda remota posibilidad de salvación.

…?

—Eso significa que son libres. Marchaos los dos, antes de que la demencia nos ciegue y no sepamos controlar nuestros impulsos y sentimientos —ordenó Satt con tono enérgico, sonriendo suavemente a la maestra—. Y recuérdenos, a ser posible, con algo de afecto. Después de todo, quisimos ser niños. Y Muerto Lem, parecía ser Satt quien tomaba el mando de aquella horda infantil. Se volvió a la pareja de cautivos. Sonrió amargamente a su ex maestra.

—Creo que hemos sobrevalorado nuestro poder mental, señorita Bridges. A veces no basta con coeficientes de inteligencia y todo eso —manifestó tristemente—. Hace falta imaginación, instinto y todo eso.

—Yo… también lo siento —respondió ella—. Había llegado a estimar a Lem, a todos vosotros… De no haber sido por lo de Jim y Abigail…

—Lem había cambiado mucho ya —declaró Satt con tono lastimoso—. Todos vamos cambiando sin remedio, usted lo sabe. Es lo que tenemos en nuestra sangre, en nuestro cerebro. Ese maldito virus o lo que sea, que exterminará nuestros miserables cuerpos en el vacío, antes de llegar a mundo alguno donde morir dignamente…

—¿Qué hacemos con ellos, Satt? —preguntó Ken—. Han matado a Lem, a Reb…

—Mataron a dos simples formas que apenas si podían ya sobrevivir. En cierto modo, se hizo justicia hoy aquí. Su sangre no nos sirve. Por tanto, sería un crimen inútil y vergonzoso destruir a esos dos terrestres.

—Eso significa que llegamos a serlo, más que nunca, en su clase. Pero ocurrió lo que era inevitable. Algo de lo que no tenemos culpa y es más fuerte que nosotros. Adiós, señorita Bridges. Adiós, señor Masón. La nave está sobrevolando ahora el planeta Tierra nuevamente. Pero no teman nada. Pasaremos de largo, una vez les dejemos a ustedes en su suelo. Remontaremos el vuelo, nos iremos lejos, muy lejos… hacia alguna parte. Hacia el vacío.

—Rezaré por vosotros —musitó Cheryl, enternecida.

—Hágalo, señorita Bridges —suspiró Statt—. Nos hará falta. No tenemos fe en ese Dios suyo que, tal vez, fue también el nuestro. Pero cuando la vejez y la muerte están cerca, siempre alivia un poco saber que alguien eleva sus oraciones por uno. Adiós… Dentro de pocos minutos, podrán pisar tierra suya nuevamente.

Se acercó. Besó la mano de Cheryl respetuosamente y luego ordenó a todos los suyos que se dispersaran.

En silencio, Satt condujo a Cheryl y a Archie hacia un punto determinado de la nave, desde donde podrían descender nuevamente a su mundo, cuando el platillo se detuviese en alguna parte de la Tierra.

El general escuchó atentamente hasta el final.

Luego, lentamente, encendió un cigarrillo tras ofrecer otro a la mujer. El hombre rechazó, para encender su propia pipa de tabaco holandés.

—Es una historia increíble —manifestó al fin el militar.

—¿No nos cree, general? —preguntó Archie Masón, sobresaltado.

—Claro que les creo —suspiró el general cansadamente—. Tengo que creerles, después de lo que vi y oí en Lake City. Pero sigue siendo todo increíble por completo. Pensar que debemos la vida de ustedes dos y las de muchos de nosotros, al simple hecho de que la sangre de dos niños fuese perjudicial para el proceso degenerativo de esa raza...

—Así es, señor. Si la sangre humana, al ser succionada por Lem y Reb no hubiera provocado una aceleración brusca de su degradación física, ahora la señorita Bridges y yo estaríamos muertos, y esa nave posada en otro lugar de la Tierra para iniciar la búsqueda de víctimas adecuadas.

—Tuvimos mucha suerte, en medio de todo, señor Masón. Ahora iremos a que le refieran ustedes su historia al presidente. Y él decidirá lo que deba hacerse con todo lo que sabemos. Aunque imagino que, dado el feliz desenlace de todo ello, lo mejor será silenciarle al mundo lo que estuvo a punto de ocurrir. Lo que unos simples niños pudieron haber llevado a cabo entre nosotros.

—Sí, tal vez sea lo mejor —admitió Masón—. Ahora, esas criaturas viajan de nuevo por el vacío cósmico donde nacieron, rumbo a su fatal destino en las estrellas, víctimas de una dolencia que heredaron de sus antecesores. Tal vez fue una gran raza, pero algo la exterminará sin remedio. Y nunca sabremos, ni ellos ni nosotros, lo que ese algo pudo ser, general.

—No me importa ignorarlo, señor Masón. Lo terrible hubiera sido llegar a conocerlo a tan alto precio. Sólo me queda felicitarles por su valentía y decisión, y esperar que nunca más se vean en una situación tan apurada. ¿Qué tal si tomamos una copa, antes de emprender el vuelo hacia Washington?

—Que es una gran idea, señor —admitió Archie, volviéndose hacia Cheryl—. Pero que yo sepa, querida, tú nunca tomas alcohol a estas horas del día...

—Eso era antes —sonrió la joven—. En estos momentos me siento capaz de tomar cualquier cosa que me ayude a pensar en algo que no sean esas criaturas viajando por el infinito, rumbo a la nada, a su propio fin.

—En ese caso, general, queda aceptada su invitación.

—Pues no perdamos más tiempo, amigos míos. Su viaje desde el desierto de Nevada, donde les dejó la nave extraterrestre, tampoco habrá sido demasiado cómodo para ustedes...

—Al lado del tiempo que pasamos viajando en la nave espacial de esos seres, general, incluso un viaje

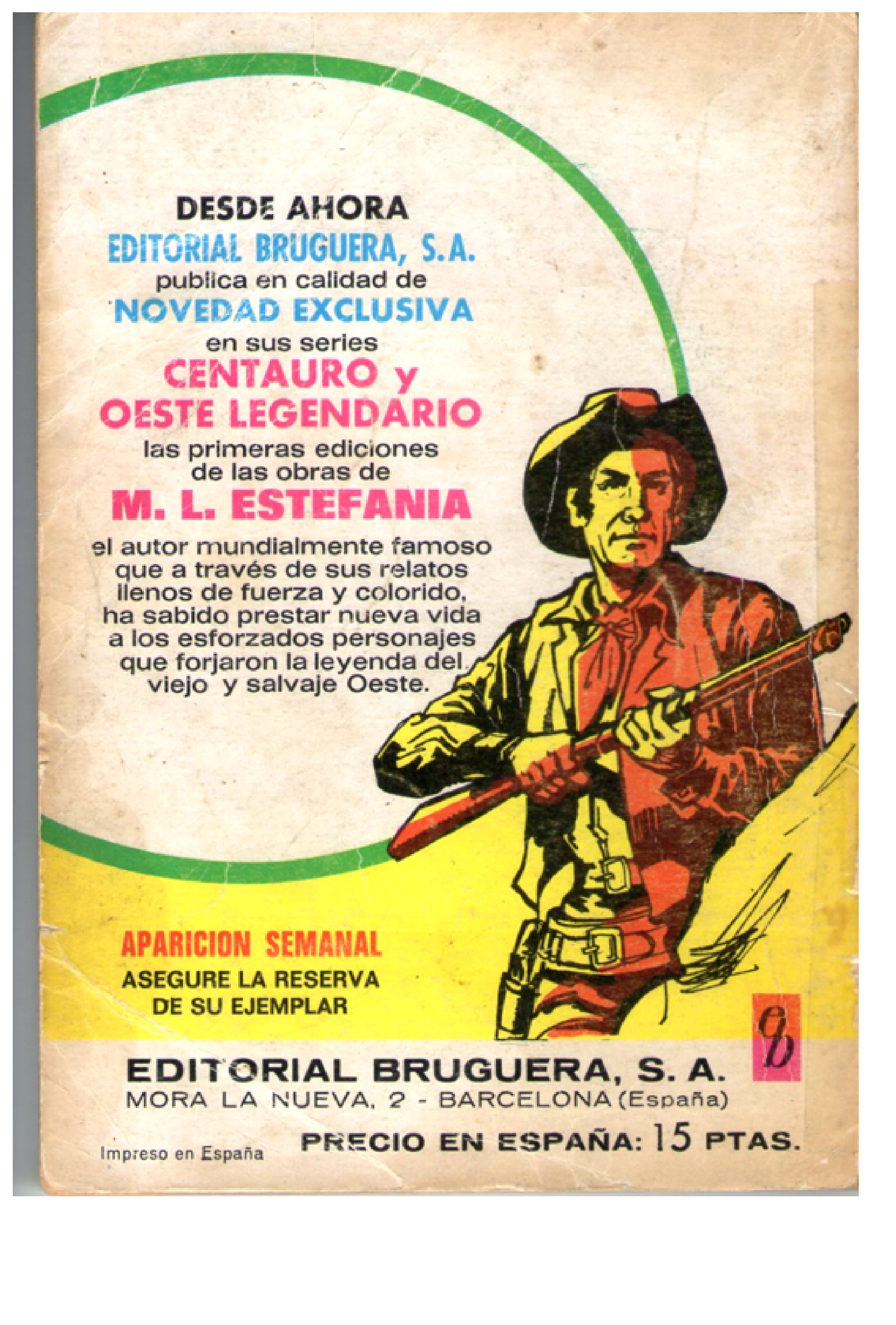
alrededor del mundo sin escala sería lo más cómodo imaginable, se lo aseguro.

El general sonrió ampliamente, saliendo de la estancia. Archie Masón y Cheryl Bridges le siguieron, cogidas sus manos con fuerza, mirándose a los ojos mutuamente.

Después de todo, la pesadilla quedaba atrás. Pero al despertar de ella, algo permanecía para ellos dos, y no era un sueño.

Tal vez sólo por eso, había valido la pena vivir aquella aventura lejos del planeta Tierra, frente a los niños de ninguna parte...

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.